TEATRO MODERNO

5269



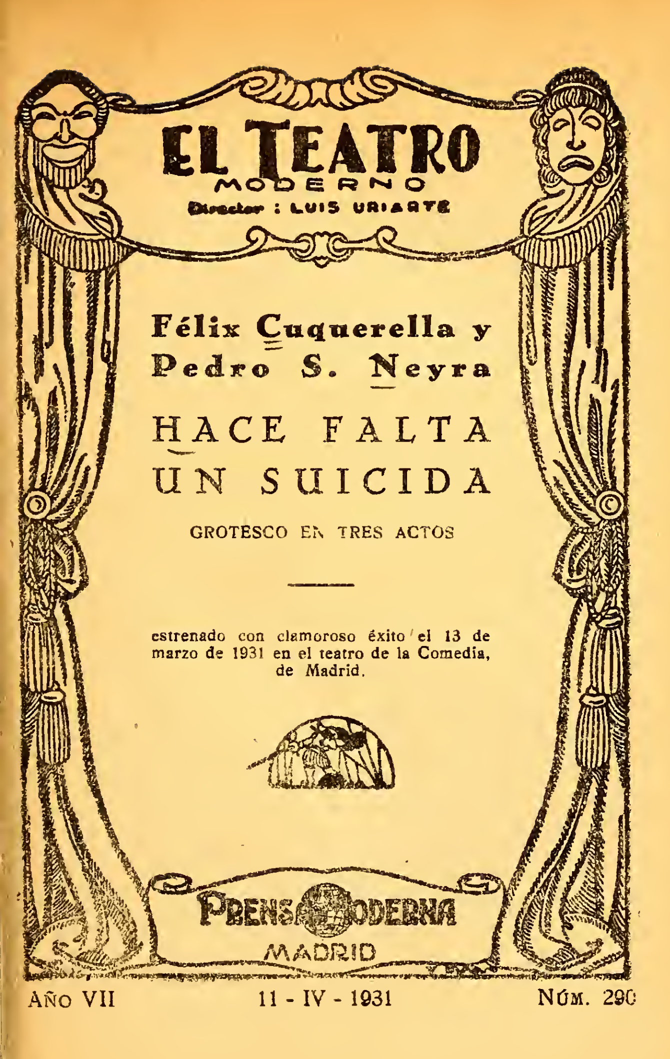
50 CTS

F. CUQUERELLA Y PEDRO S. NEYRA

HACE FALTA UN SUICIDA

Gago XXXI

HACE FALTA UN SUICIDA


EL TEATRO MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Félix Cuquerella y Pedro S. Neyra

HACE FALTA UN SUICIDA

GROTESCO EN TRES ACTOS

---

estrenado con clamoroso éxito el 13 de marzo de 1931 en el teatro de la Comedia, de Madrid.

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 11 - IV - 1931 NÚM. 290

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Charito...	*Milagros Leal.*
Luisa...	*María López Martínez.*
Ernestina...	*Elvira Noriega.*
Criada...	*Carmen González.*
Don Lorenzo...	*Pedro Zorrilla.*
Gerardo...	*Rafael López Somoza.*
Fernando...	*Mariano Azaña.*
Gutiérrez...	*Antonio Riquelme.*
Presidente del Consejo de Administración de Y. P. del Lozoya... ...	*Casimiro Hurtado.*
Agente de Seguros...	*Andrés Tobías.*
Ordenanza...	*José Ortiz.*

La acción en Madrid. Epoca actual.

PERSONAJES

El presidente del Consejo de Administración de Y. P. del Lozoya, sesenta años; don Lorenzo, director, cincuenta; Gerardo, secretario del anterior, cuarenta; Fernando, amigo del anterior, treinta; Gutiérrez, detective particular, cuarenta; Luisa, esposa de don Lorenzo, cuarenta; Charito, amante de don Lorenzo, veintiséis; Ernestina, esposa de Fernando, veinticinco; Criada, de Gerardo, ventiséis; Camarero, cuarenta; Ordenanza, cincuenta.

ACTO PRIMERO

La escena representa el despacho del director de la Sociedad «Yacimientos Petrolíferos del Lozoya». Muebles lujosos. Cuelgan de la pared algunos carteles de propaganda de algún empréstito de la Sociedad. Puertas laterales; al foro, balcón a la calle.

ESCENA I

El Presidente y *don Lorenzo.*

(Al levantarse el telón, don Lorenzo, sentado tras la mesa de despacho, caviloso. El Presidente recorre la escena, accionando como si hablase solo. Se detiene, encarándose con don Lorenzo.)

PRESI. Lo que más me exaspera es la tranquilidad de usted.

LOREN. No sé en qué ha notado usted que yo esté tranquilo...

PRESI. Llevo media hora enterándole de lo que ocurre, y permanece mano sobre mano sin tomar determinación alguna.

LOREN. No creo que el remedio consista en pasearse como una fiera enjaulada.

PRESI. ¡Será mejor permanecer como un poste, plantado en la mesa y sujetándose la cabeza con las manos!...

LOREN. Estoy cavilando lo más conveniente...

PRESI. Cavile, señor mío, cavile... ¡Lo más conveniente!... ¿Pero usted cree que puede haber algo conveniente?

LOREN. De momento, claro que no se me ocurre nada. ¿Usted les dijo?...

PRESI. ¿Pero es que hablo yo en griego? Les dije todo.

LOREN. ¿Que aguardasen?
PRESI. Que aguardasen, ¡naturalmente! ¿Les hemos dicho otra cosa desde hace dos años? ¿Puede decírseles otra cosa?... ¡Y se han cansado de aguardar! Lo primero que no creyeron los accionistas fué lo de su enfermedad, que juzgaron como un pretexto para no acudir a la reunión... Y, efectivamente, fué poco hábil. Su postura es muy cómoda... Hay que dar la cara.
LOREN. Tenía que ver al gerente de la Sociedad de esquistos franceses, que hubiera podido ser una solución.
PRESI. ¡Que se niegan a vendernos petróleo!
LOREN. No tienen.
PRESI. Aunque sólo fuese una pequeña cantidad, que pudiéramos mostrar a nuestros accionistas como los primeros productos de nuestros yacimientos...
LOREN. No tienen ni gota. Llegó a confesarme la verdad. Es una Sociedad como la nuestra. Ellos pensaban adquirirlo de Pozos del Ural.
PRESI.—¿Y nosotros no podíamos hacer lo mismo?
LOREN. Comprenderá usted que lo pensé en seguida: pero me desengañó. Pozos del Ural es otra Sociedad con idénticos fines que la nuestra y la de ellos; tiene pozos en el título, pero petróleo, ¡ni gota! Lo pensaban comprar a la Compañía General Mejicana.
PRESI. ¡Entendernos entonces directamente con Méjico!
LOREN. ¿Creerá usted que no lo hice? Ayer mismo cablegrafié al general Zapata, que era el dueño de los yacimientos.
PRESI. ¿Y qué?
LOREN. Que a las cuatro horas recibí un cable del general Gómez, diciéndome que él era el dueño, porque acababa de fusilar a Zapata, y dándome precios.
PRESI. ¿Contestaría usted aceptando?
LOREN. Naturalmente, y diciendo que embarcasen nuestro pedido inmediatamente. Es nuestra única esperanza.
PRESI. ¿Y no ha recibido otro aviso?
LOREN. Ninguno hasta la fecha.

GERAR. ¿Dan ustedes su permiso?
PRESI. }
LOREN. } Adelante.
GERAR. Acaban de traer este cablegrama... *(Se lo entrega a don Lorenzo.)*
LOREN. *(A Gerardo.)* Está bien. *(Mutis Gerardo. Lo abre precipitadamente.)*
PRESI. *(Con ansiedad.)* ¿Qué?
LOREN. *(Leyendo.)* «General Gómez, fusilado. Imposible sostener precios anteriores.»... Y firma «general Fábregas».
PRESI. Usted me dirá qué hacemos ahora. *(Pausa.)*
LOREN. ¿Dijo usted que ayer presentaron la denuncia en el Juzgado?
PRESI. Así me lo aseguró el abogado de los accionistas.
LOREN. Entonces, a estas horas seguramente nos buscará la Policía.
PRESI. Tal creo.
LOREN. Si pudiésemos huir...
PRESI. Pienso que es tarde para eso.
LOREN. Debemos intentarlo..., porque esperar a que nos detengan, me parece una insensatez.
PRESI. Nuestra suerte está echada. La cárcel..., el presidio... acaso para toda la vida...
LOREN. ¡Cállese, por favor, presidente! Yo, antes que eso, soy capaz de hacer una barbaridad.
PRESI. ¡Bonita solución!
LOREN. Comprenderá usted que no me parezca muy agradable..., pero antes que pudrirme en la cárcel o formar Ministerio, que es el único modo de salir de allí...
PRESI. Yo no tengo valor para ninguna de las dos cosas...

ESCENA II

El Presidente, don Lorenzo y Charito.

CHAR. *(Irrumpiendo, rápida, en escena.)* ¡Ay, Lorenzo de mi vida!... ¡Lo que me ha sucedido! ¡Me quitan los muebles!...

LOREN. ¿Qué es lo que estás diciendo?...

CHAR. *(Reparando en el Presidente.)* ¡Ay, perdóneme usted; ni me había dado cuenta!... ¿Y Carlota? ¡Pobre Carlota! ¡Cómo estará si la han dado el mismo disgusto que a mí!... ¡Y no digo nada si le quitan la pianola!... ¡Y que se la quitan es un hecho!...

LOREN. ¿Pero qué ha sucedido?

PRESI. Sí, hable usted, por favor, Charito.

CHAR. Pues... ¡casi nada! Que estaba yo probándome la faja de goma que me compró éste, cuando sonó el timbre. Y como no era hora de que tú fueras, me dije: ¡Es Manolo! Que pase.

LOREN. *(Picado de celos.)* ¿Manolo? ¿Qué Manolo es ése?...

PRESI. Lorenzo, no perdamos el tiempo con celos ridículos!...

LOREN. *(Con decisión.)* ¡Es que yo quiero saber quién es Manolo!

PRESI. ¿No lo ha oído? El que le prueba las fajas cuando usted no está...

CHAR. ¡Tanto como probármelas!...

PRESI. No tiene importancia.

LOREN. ¿Cómo que no tiene importancia?

PRESI. *(Con un gesto despectivo para don Lorenzo.)* Siga usted, Charito.

CHAR. Pues entró, y..., ¡sí, sí, Manolo! ¡Un hombre desconocido!... Di un grito y me metí corriendo en mi alcoba a ponerme una bata...

LOREN. ¿De manera que estabas desnuda?... *(Ella hace signos afirmativos con la cabeza.)*

PRESI. Desnuda..., desnuda..., ¡con la faja, don Lorenzo! Continúe, Charito.

CHAR. Cuando salí, aquel hombre moreno, bigotudo, terriblemente serio y con su sombrero encasquetado, comenzó a interrogarme. Debía ser policía.

LOREN. Seguramente era un policía.

PRESI. Ya no hay duda de que están sobre nuestros pasos.

LOREN. ¿Y qué te preguntó?

CHAR. Me preguntó si me llamaba Charito, y, claro, le dije que sí; me preguntó si era tu amiguita, y

claro, le dije que sí; me preguntó si me dabas mucho dinero, y claro, le dije que no, que tenía que sacártelo con forceps, cosa que no le ocurre a Carlota con usted, que es mucho más espléndido; ¡dónde va a parar!...

PRESI. ¿Por qué dijo usted eso? ¡Estamos perdidos!

LOREN. ¿Te preguntó algo más?

CHAR. Sí. Que cuándo me habías puesto la casa. Y cuando le dije que el comedor y el cuarto turco lo habíamos comprado hace seis meses, afirmó de un modo solemne: «Justamente. ¡Con el último empréstito!»...

PRESI. Esto se acabó. ¡A presidio!

CHAR. ¡Ay!... ¿A presidio? ¡No me asusten! ¿A presidio tú, Lorenzo mío?

LOREN. ¿Quién, yo? ¿A presidio yo? A mí no me cogen vivo. ¡Antes me levantaré la tapa de los sesos!

PRESI. A mí me falta valor para eso. Vivir como sea, pero vivir. Voy a ver si aún puedo escapar. *(Le abraza.)* ¡Adiós, don Lorenzo! Adiós, Charito. *(Sale precipitadamente.)*

CHAR. ¡Ay, Lorenzo de mi alma!... ¿Qué es lo que habéis hecho? ¡No me ocultes nada!

LOREN. Sencillísimo, hija mía: que la Sociedad de los petróleos era un negocio ful...

CHAR. ¿Ful?... ¿Qué es eso?

LOREN. Que fundamos esa Sociedad para sacarles el dinero a unos cuantos incautos; y como en los terrenos no hay una sola gota de petróleo y hay que pagar los dividendos, y no tenemos un céntimo...

CHAR. ¿Y por qué no hacéis más... papeles?...

LOREN. ¿Conque papeles, eh?... ¡Si te parece que hemos hecho pocos!...

CHAR. Esos papeles que os valían dinero. *(Buscando la palabra.)* Esto..., ¡acciones!

LOREN. ¡Menuda acción la que les hemos hecho!... No, Charito, no. Esto no tiene remedio. A estas horas ya lo sabe la Policía, que, por lo visto, nos busca. ¿Pero yo?, ¡ca!, no caeré vivo en sus manos.

CHAR. ¿Qué piensas hacer, Lorenzo?

LOREN. Ya te lo he dicho.

CHAR. ¡Ay, no, Lorenzo de mi vida! ¡Eso sí que no! ¡Júrame que no lo harás!

LOREN. No hay otra solución.

CHAR. Escápate y llévame contigo.

LOREN. ¿Llevarte conmigo? ¿Y qué iba a decir «tu Manolo»?

CHAR. ¿Qué me importa a mí Manolo? Va a casa algunas veces porque fué novio mío; pero hoy..., nada, nada, nada. *(Don Lorenzo la mira fijamente. Ella continúa, extremosa y suplicante de cariño.)* Te lo aseguro, Lorenzo, que te quiero a ti; que te quiero mucho, ¡y que no podré vivir sin ti!...

LOREN. Ya te acostumbrarás.

CHAR. ¡Nunca! *(Lloriqueando y abrazándole.)* ¡Jurame que no te matarás!

LOREN. Déjame y márchate ahora, que está para llegar mi mujer.

CHAR. *(Resueltamente.)* No. Yo no me separaré de tu lado mientras no me jures que no te matarás. ¡Anda, vente a casa! *(Mimosa.)*

LOREN. *(Dudando y decidiéndose al fin.)* Casi es mejor. *(Cierra la puerta lateral derecha con pestillo.)* Mira si anda por la calle el tío ese. *(Charito se acerca a levantar con precaución la cortina del balcón.)*

CHAR. No lo veo...

LOREN. Pues vámonos. *(Se dirige a la segunda izquierda.)* No, por aquí, no; quizá esté vigilada la puerta de la oficina. Saldremos por la del piso. Espera. *(Llamando.)* ¡Gerardo!...

GERAR. *(Entrando por la primera izquierda.)* ¿Desea usted algo?

LOREN. Si viene alguien preguntando por mí, que aguarde. Volveré en seguida.

GERAR. Está bien.

LOREN. Adiós. *(Sale con Charito.)*

GERAR. *(Viéndolos marchar.)* Sigan ustedes bien. *(Pausa. Con melancólica tristeza.)* ¡Qué felices son! ¡Se aman, la vida les sonríe, todo lo ven de color de rosa!... ¡Yo, en cambio!... ¡Ay!...

(Al iniciar el mutis se oye el ruido de unos golpecitos dados con los nudillos en la puerta y una voz que dice: «Lorenzo, Lorenzo.» *Gerardo la franquea y aparece Luisa.)*

ESCENA III

Luisa y Gerardo.

LUISA Buenos días.
GERAR. Muy buenos, señora.
LUISA ¿Y mi marido? ¿No estaba aquí?
GERAR. Hace un momento, sí; pero acaba de salir.
LUISA ¿Solo?
GERAR. Con esa... accionista...
LUISA ¿Accionista?... Sí, me parece que es la única que cobra dividendos en la Sociedad...
GERAR. Yo... claro, no sé; pero no se atormente usted con esa idea, doña Luisa.
LUISA Por favor, Gerardo; no me llame doña Luisa. Aun soy joven.
GERAR. *(Con acento apasionado.)* ¡Y muy bella!
LUISA Gerardo, no empiece usted, ¡se lo suplico!...
GERAR. Enmudeceré. ¡Pero usted no sabe bien la dicha que siento al verla, y lo que sufro viéndola sufrir!...
LUISA Se lo agradezco; pero de eso a lo que usted se propone hay un abismo.
GERAR. ¿De modo que no puedo abrigar la más sutil esperanza?
LUISA Se lo he dicho muchas veces; tantas como usted ha insistido en su descabellada pretensión. Yo no puedo, yo no podría por nada del mundo engañar a mi marido.
GERAR. ¿Le soy tan indiferente?
LUISA Perdóneme que guarde silencio.
GERAR. ¿Pero por qué, Luisa?
LUISA Soy una mujer casada y decente.
GERAR. Es que él no se merece que usted le quiera de ese modo, Luisa.
LUISA Acaso. Pero no es el corazón el que marca la

línea de mi conducta. Es mi deber de esposa el que me manda serle fiel mientras viva y yo permanezca a su lado.

GERAR. Podíamos huír para amarnos libremente. América nos ofrece, como a Colón, sus playas hospitalarias... Y cuando dejemos España, ya en el barco...

LUISA No siga, Gerardo. Prefiero honra sin barco a barco sin honra...

GERAR. ¡Oh, qué despiadadamente troncha usted las flores de mi ilusión! Yo le aseguro, Luisa, que sin su amor no quiero ni puedo vivir...

LUISA ¡Oh, qué cosas dice usted, Gerardo!...

GERAR. Y que quizá en este momento está usted jugando con mi vida a cara o cruz.

LUISA ¿Qué es lo que no quiero adivinar en sus palabras?

GERAR. Que está usted dictando mi sentencia de muerte... Sí. Sépalo de una vez, Luisa: o su corazón, o el abrazo frío de la desdentada... Yo no puedo seguir como hasta hoy, aguantando a don Lorenzo, al que odio, sólo por verla entrar a usted todos los días en este despacho... Yo no puedo más... Yo no puedo más... Yo la amo inmensa, loca, desesperadamente... *(Llora.)*

LUISA Lo comprendo, Gerardo..., pero es inútil. Este corazón, que ha endurecido el infortunio conyugal, ya no se ablanda ni ante su llanto generoso... ¡Por encima de todo, seré honesta!

GERAR. *(Con resolución.)* ¡Me mataré!

LUISA ¡Qué pena! Pero yo misma, como don Guzmán el de Tarifa, le ofrecería el puñal para el sacrificio.

GERAR. ¿Es su última palabra?

LUISA ¡Irrevocable!

GERAR. Pues adiós. *(Pausa.)* ¿Me permite usted besar su mano?

LUISA Nada debo negarle en este momento. Tome.

GERAR. *(Besándola con fruición.)* ¡Gracias, gracias, gracias!...

LUISA Basta, Gerardo...

GERAR. Adiós, Luisa.

LUISA Adiós, Gerardo.

GERAR. *(Saliendo precipitadamente.)* ¡Hasta nunca!...

LUISA *(Viéndole salir.)* ¡Pobre muchacho! ¡Cuánto me ama! ¡Qué romántico! Es como yo. Y al mismo tiempo, ¡qué vehemente! ¡Con qué pasión besaba mi mano! Pero no es posible; yo no tengo valor para empañar la fidelidad conyugal. *(Pausa, durante la que medita.)* ¿Y si se mata? ¿Se matará por mí?... A lo mejor sí, que los amantes suelen ser irreflexivos e impulsivos. Hoy se matan, y al otro día se arrepienten... *(Mutis. Vuelve a entrar Gerardo, entristecido.)*

GERAR. ¡Se fué! ¡Ah, cruel! Tuve la esperanza de que me llamase; pero... ¡no me quiere!... ¿Por qué vacilo, pues?... Sea, ahora mismo. Le escribiré una carta al juez. *(Se dirige a la mesa, se sienta y saca papel.)* Yo no quisiera escribir la carta de un suicida vulgar. Haré una carta digna de un suicida de vanguardia. Por ejemplo: «Código humanizado del distrito del Congreso: Cuando encuentren mi cuerpo inanimado, en posición decúbito supino, sepa y haga saber V. S. que fuí yo, y no otro, quien cortó el hilo sutil de mi existencia...» ¡Caramba, qué bien me sale!...

ESCENA IV

Gerardo y don Lorenzo.

LOREN. *(Apareciendo de un modo inopinado.)* ¿Qué hace usted, Gerardo?

GERAR. *(Se pone en pie, dando muestras de azoramiento, y como don Lorenzo se llega hasta la mesa y no le da tiempo a ocultar la carta, pone las manos sobre ella.)* ¿Yo?... ¿Qué hacía yo?... Nada, don Lorenzo; nada.

LOREN. *(Como por decir algo.)* Escribía usted...

GERAR. ¿Escribir?... No, señor; mejor dicho...

LOREN. *(Sin prestarle atención, y respondiendo a sus íntimos pensamientos.)* Está visto, no cabe dudar: ¡el suicidio!...

GERAR. ¿El suicidio? No, señor; es decir, yo...

LOREN. Comprendo su sorpresa; me figuro los razonamientos que puede alegarme; pero veo también que no hay otra solución.

GERAR. (*Humilde y tristemente.*) Si usted mismo reconoce que no la hay...

LOREN. ¡Claro que no, Gerardo! El hombre que es hombre, cuando traiciona a seres queridos, cuando practica el mal y lo siembra entre sus semejantes, si le queda un resto de dignidad, debe eliminarse.

GERAR. Dice usted bien, aunque, en verdad, traición, lo que se dice traición, aún no la ha habido.

LOREN. ¿Cómo que no? ¿Le parece a usted poco?

GERAR. ¡Perdóneme, don Lorenzo! Pero es que yo..., yo sé que hice mal en poner mis ojos en ella; pero yo..., yo soy irresponsable. Una oculta y avasalladora fuerza invadió súbitamente todo mi ser. Mi corazón palpitó agitado por un sentimiento hasta entonces desconocido; se ofuscó mi razón, y ¡la amé! Un día le declaré mi amor. Ella, encastillada en la más digna de las honestidades, hubo de rechazarlo. Y aquella negativa fué el huracán que avivó más y más esta devastadora llama en que se consume, nefasta y lentamente, mi existencia... La he reiterado mi cariño inmenso con voz suplicante, y con promesas y juramentos. ¡Todo inútil! ¡Es estoica, fría. inasequible a mi amor!...

LOREN. (*Aparte.*) ¿Pero qué dice este hombre?

GERAR. Y yo no puedo más... Hoy la he visto por última vez..., porque hoy mismo dejaré de sufrir. Me eliminaré, sí, señor. Y en este trance, momentos antes de abandonar este mundo, cuando el hombre no puede mentir, yo le digo a usted que la amo y que moriré amándola. ¡Perdóneme, don Lorenzo! ¡Perdóneme!...

LOREN. Pero..., oiga, oiga; venga acá. (*Gerardo avanza resueltamente hacia él. Cuando está a su lado, le toma de las solapas de la americana.*) ¿Por qué tengo yo que perdonarle?... ¿Es que ha hecho usted el amor a Charito?

GERAR. ¿A Charito? No, señor.
LOREN. Usted acaba de decirme que no puede mentir.
GERAR. Y no miento. ¡Le juro a usted que no se trata de Charito!
LOREN. ¡Ah, vamos! Ya me extrañaba. ¿Y quién es ella?
GERAR. ¿Pero es que no lo sabe usted?
LOREN. Ni la más leve sospecha.
GERAR. Entonces perdóneme que guarde este secreto, que se hundirá conmigo en la tumba.
LOREN. Seguramente alguna segunda tiple...
GERAR. La mujer que yo amo es un dechado de perfecciones...
LOREN. No lo creo.
GERAR. *(Extrañado.)* ¿Cómo?...
LOREN. Lo sé por experiencia, Gerardo. Al principio todas nos parecen un verdadero primor de perfecciones y de belleza; pero luego..., todas son lo mismo. Mire usted, yo me casé enamoradísimo de mi mujer, y hoy, es decir, hace ya mucho tiempo, no puedo aguantarla.
GERAR. ¿Por qué, don Lorenzo?
LOREN. Cierto que es buena, cariñosa, dulce y romántica; pero ¡si la viera usted en zapatillas, con los moñitos cogidos!... Y, sobre todo, ¡si la oyese roncar!... ¡Quisiera verle a usted en mi lugar!...
GERAR. ¡Cállese, que eso no puede ser!...
LOREN. ¿Que no puede ser?... Ronca como una matraca, me da codazos... En fin, amigo mío, ¡insoportable!... Se la doy a quien se atreva a cargar con ella.
GERAR. *(Un poco trágico.)* ¡No, don Lorenzo; eso, no!
LOREN. Que sí, hombre, que sí. ¿Usted la quiere? ¡Se la regalo!
GERAR. *(Abrazándole.)* ¡Ay, don Lorenzo de mi vida!
LOREN. Claro que no podrá ser porque me figuro que no querrá; pero, por mí, para usted para siempre.
GERAR. ¡Muchas, muchísimas gracias, don Lorenzo!
LOREN. De nada.
GERAR. *(Con acento declamatorio.)* ¡Ay de mí! Mi desventura no tiene remedio...
LOREN. Bueno, bueno; serénese, que lo de usted no tiene

importancia. Si esa mujer no le quiere, otra le querrá, que lo que sobran son mujeres...

GERAR. Para mí no hay más que esa; y como no me quiere, ¡la muerte!

LOREN. Eso es una chiquillada. Usted es joven, vehemente... Se le pasará la impresión del momento; encontrará otra, y a vivir y a gozar de la vida. Lo mío sí que no tiene arreglo. Arruinado, próximo a caer en las garras de la justicia por estafador... Porque ha de saber usted, buen Gerardo, que esta Sociedad era un camelo, y que quien tiene que suicidarse soy yo...

GERAR. *(Sorprendido.)* ¿Suicidarse usted?

LOREN. Hoy mismo, antes de que me echen el guante.

GERAR. Y yo también.

LOREN. A mí me parece que usted no tiene motivos; pero en fin, si usted se empeña, ¿qué le voy a hacer? ¿Cómo, estando yo para suicidarme, le voy a aconsejar a usted que no se suicide?

GERAR. Sería inútil. ¡Adiós, don Lorenzo! *(Abrazándole otra vez.)* Y sepa que, en el instante de morir, cuando pronuncie por última vez el nombre de la ingrata, pronunciaré también el suyo con fervoroso agradecimiento. *(Se retira cabizbajo y lentamente.)*

LOREN. Muchas gracias. *(Y cuando le ha visto desaparecer.)* Es perfectamente idiota. *(Pausa.)* Bueno, pues... manos a la obra. *(Abre el cajón de la mesa, del que saca una pistola.)* Sí, está cargada. Escribiré una carta al juez y otra a mi mujer. *(Se dispone a escribir.)*

ESCENA V

Don Lorenzo y Charito.

CHAR. ¿Tú creíste que me la dabas? No, hijo; sé que el café tiene dos puertas. *(Reparando en él y acercándose, mimosa.)* Pero Lorenzo de mi vida, no me atormentes... ¡Desiste de esa locura! ¡No

seas cruel! ¿Vas a tener el valor de dejarme sola y desamparada?... ¡Lorenzo mío!...

LOREN. ¿Lo ves?... Por esto no quería yo que vinieras.

CHAR. Pero vida mía, reflexiona...

LOREN. Mira, Charo, déjame. El hombre ha de arrostrar las consecuencias de sus actos.

CHAR. ¿Y tú las quieres arrostrar matándote?... Eso es una cobardía.

LOREN. Bien sabes tú que nunca he sido cobarde; pero la cárcel, el presidio, me horrorizan. Que me dejen en libertad, y ya verás tú cómo vuelo sin amilanarme por nada. Fundaré otra Sociedad, y otra, y todas cuantas me dé la gana. Aparte de que para suicidarse también se necesita valor. Ahí tienes a Gerardo; y yo no voy a ser menos que él.

CHAR. ¿Qué dices?

LOREN. Que Gerardo se suicida también.

CHAR. ¿Pero Gerardo está también complicado en esto de la Sociedad?

LOREN. No, ¡pobre hombre! Se suicida por una mujer.

CHAR. ¡No creo que sea tan estúpido!

LOREN. Pues lo es.

CHAR. *(Recapacitando.)* ¿Y tú sabes por quién se suicida?

LOREN. No, ni me importa.

CHAR. Yo sí lo sé. Y te lo voy a decir, para saber si es verdad que te importa o no te importa. Se suicida, si es cierto que se suicida, por tu mujer.

LOREN. *(Levantándose rápidamente de la silla.)* ¿Eh?... ¿Cómo?

CHAR. Le he visto seguirla por la calle, y a ella venir aquí cuando tú no estás.

LOREN. No, eso no es posible. Luisa es una mujer decente.

CHAR. *(Con retintín.)* ¿Como yo?

LOREN. Sí; digo, no.

CHAR. ¿En qué quedamos?

LOREN. Quedamos en que... si eso fuera cierto, ¡los degüello a los dos!

CHAR. ¡Ah!, ¿sí? ¿Y decías que no la querías?

LOREN. *(Hablando consigo mismo y sin atender a Cha-*

rito.) ¡No, no puede ser!... ¡Luisa es incapaz de tal villanía!... *(Pausa.)* Sin embargo, él se azoró cuando yo entré; me pedía perdón al hablarme de la mujer causante de su suicidio; me juró que no era por ésta por la que iba a matarse. Y me abrazó emocionado y muy agradecido cuando se la ofrecí...

CHAR. ¿Que se la ofreciste tú?

LOREN. Porque, aunque hipotéticamente, yo se la ofrecí. ¡No hay duda de que se la ofrecí!

CHAR. *(Intentando abrazarle.)* ¡Ay, Lorenzo, qué grande eres!

LOREN. *(Rechazándola.)* ¡Déjame en paz!

CHAR. ¿Conque me rechazas? ¿Conque la quieres más que a mí? Sí, la quieres más que a mí, porque conmigo no harías eso.

LOREN. Lo mismo... Digo no..., digo sí...

CHAR. ¿En qué quedamos?

LOREN. *(Con energía.)* Quedamos en que esto lo voy a aclarar ahora mismo. *(Llamando.)* ¡Gerardo!... ¡Gerardo!...

ORDE. Don Gerardo no está.

LOREN. Pues salga usted inmediatamente a buscarle, y no vuelva sin él...

ORDE. Veré si acaso está en el «tupi» de la esquina, al que suele ir algunas veces a tomar el vermut. *(Mutis.)*

CHAR. *(Compungida.)* ¿De modo que la quieres más que a mí?...

LOREN. Mira, Charo, son estos últimos momentos de mi vida demasiado terribles para emplearlos en torneos amorosos. Yo no soy un héroe capaz de ofrecer a nadie la mujer, y menos la amante. ¡Soy un turco! Y ya que voy a desaparecer, quiero saber si me han engañado para llevármelos por delante.

CHAR. Pero Lorenzo, ¡por Dios!...

LOREN. Nada, nada. *(Se pone a pasear por la escena con pasos acelerados.)*

CHAR. *(Andando tras él.)* No me des ese disgusto... ¿Qué va a ser de mí? Mira que te quiero con toda mi alma. Serénate; recapacita.

LOREN. ¡Mi resolución es inquebrantable!

CHAR. *(Arrodillándose ante él y abrazándose a sus piernas, y con acento trágico.)* ¡Pues mátame a mí también!

LOREN. *(Levantándola, con gran energía.)* Vaya, esto se acabó. Hazme el favor de marcharte.

CHAR. ¡Ay, no, Lorenzo! ¡Por nuestro amor! *(Intentando abrazarle.)*

LOREN. ¡Pues suéltame!

CHAR. *(Dejándose caer sobre una butaca.)* ¡Qué desgraciada soy! *(Don Lorenzo se sienta a la mesa y escribe.)* El único hombre que he querido y al que no he faltado nunca... ¡Yo que me había hecho la ilusión de que me quería!... *(Larga pausa. Después de un momento se seca las lágrimas. Su rostro va animándose hasta sonreír, y se pone súbitamente en pie.)* ¡Ay, Lorenzo de mi vida, que se me ha ocurrido la gran idea! ¡Ay, Lorenzo de mi corazón, que estamos salvados!...

LOREN. *(Extrañado.)* ¿Qué idea es esa?

CHAR. No te la digo si no me prometes que, si te salvo, nunca te separarás de mí.

LOREN. ¡Prometido!

CHAR. Pues ya está. ¡Juntos para toda la vida!

LOREN. A ver, ¿cómo?...

CHAR. Matándose Gerardo por ti. Y así matamos dos pájaros de un tiro. A él lo separas para siempre de tu mujer, y tú figuras como el muerto y te escapas conmigo...

LOREN. *(Desilusionado.)* ¡Valiente idea! Al reconocer su cadáver, ¿no habrían de ver que es él y no yo?

CHAR. Que se suicide de modo que no puedan reconocerlo: destrozado por un tren, metiéndose un cartucho de dinamita en la boca...

LOREN. *(Recapacitando y animándose por grados.)* Pues claro que sí. ¡Pirandeliano, Charito de mi vida! Yo le prestaría mis ropas, escribiría las cartas de mi puño y letra; la de mi mujer ya está. ¡Charito, que has tenido la gran idea! Voy a escribir la del juez. Mira tú entretanto por detrás de la cortina a ver si lo ves venir... *(Charito se acer-*

ca al balcón, mirando hacia la calle. Don Lorenzo escribe.)

CHAR. Pues no viene...

LOREN. *(Suspendiendo la escritura.)* Estoy pensando en la forma de decírselo, porque ¡el encarguito se las trae!...

CHAR. Yo te ayudaré. Además que él siempre te ha obedecido, ¿no?

LOREN. Claro que sí. Pero repara, Charito, que no es lo mismo decirle: «Despache esa correspondencia», o «Póngame en limpio este balance», que «Gerardo, me va usted a hacer el favor de que le pase un expreso por encima»...

CHAR. *(En un grito de alegría.)* ¡Ahí viene!...

LOREN. *(Levantándose para mirar tras la cortina.)* Parece muy tranquilo... ¡Mira que si se hubiese arrepentido!... Voy corriendo a terminar la carta. *(Vuelve a sentarse a escribir.)*

CHAR. No lo creo. Yo siempre le he tenido por un muchacho formal... Cumplidor de sus palabras; pero ¡tan pusilánime!... ¿Para qué quiere él vivir?... ¡Y después de lo que ha hecho contigo y con tu mujer!...

LOREN. *(Que no ha oído las últimas palabras.)* Ya está la carta para el juez. ¡Ay, Charo de mi alma! ¿Se habrá arrepentido?

CHAR. Ya te digo que no lo creo. Además, que no tiene derecho. ¡No faltaba más! Nosotros le obligaremos si se le ocurriese dudar o tuviera miedo...

LOREN. En fin, pronto saldremos de dudas...

CHAR. Tú déjame a mí hablar...

LOREN. Hay que ir con gran cautela...

ESCENA VI

Los mismos y Gerardo.

GERAR. ¿Se puede?

LOREN. Adelante.

CHAR. *(Muy amable.)* Pase usted, Gerardo. *(Dándole una palmadita en la espalda.)* Y siéntese, Gerardo.

GERAR. *(Sin sentarse.)* Mil gracias, señorita Charo. *(A don Lorenzo.)* ¿Necesitaba usted algo de mí?...

LOREN. *(Vacilando.)* Sí; claro... Pues verá usted. Yo me..., vamos, he pensado mucho en su determinación...

GERAR. No merece la pena.

CHAR. ¡Ya lo creo que la merece! Me lo ha contado Lorenzo, y aunque reconozco que es triste, la verdad..., comprendo que hay casos en que, naturalmente...

GERAR. Cosas de la vida. Que, a lo mejor, piensa uno una cosa y luego hace uno todo lo contrario... *(Charo y don Lorenzo se miran consternados.)*

LOREN. Entonces, ¿es que ha desistido de sus propósitos?...

CHAR. *(Bajo a Gerardo.)* Le advierto que Lorenzo sabe ya quién es ella...

GERAR. *(A don Lorenzo.)* No, señor. ¡La amo, y estoy dispuesto a morir por ella!...

LOREN. ¡Ah!...

CHAR. *(Alegre.)* ¡Así me gustan a mí los hombres!

LOREN. Pero siéntese usted, Gerardo.

GERAR. Gracias. *(Se sienta en medio de los dos.)*

LOREN. *(Que no sabe cómo empezar, y dándole una palmadita en una pierna.)* Vaya, vaya... ¡Caramba con Gerardo, y qué carácter! ¿Eh, Charo? ¡Qué carácter!...

CHAR. Ya, ya... ¡Entero, enérgico!...

GERAR. ¡Para lo que uno hace en el mundo!... ¡Ver que otros gozan y se divierten!...

LOREN. Bien, hombre, bien... ¿Y... cómo va a ser?...

GERAR. Aun no lo tengo decidido, aunque, probablemente, será pegándome un tiro.

LOREN. No; ¡tiro, no! A lo mejor no acierta bien... Aparte de que el agujero en la frente me parece cosa de muy mal gusto...

CHAR. Pues el veneno es peor. Una amiga mía, que se mató con cocaína, sufrió muchísimo. Usted no sabe las convulsiones y la agonía tan horrorosa que tuvo... la pobre muchacha.

GERAR. ¿Sí? Pues no utilizaré el veneno. ¡El dolor me aterra!

LOREN. Tampoco creo que se le haya ocurrido tirarse por el viaducto...

GERAR. ¡Eso, de ningún modo! ¡Qué vergüenza!... El público arremolinándose en derredor de mi cadáver, haciendo comentarios acerca de mis facciones deformadas, o de mis piernas rotas, o de las costillas que se asomen como puñales por debajo de los brazos... ¡Qué horror!

LOREN. Dice usted bien...

CHAR. Usted quisiera pasar inadvertido, ¿no es esto?

GERAR. Justamente. Que nadie, sino ¡ella! y ustedes, supieran mi muerte. Yo soy un hombre serio, enemigo de exhibiciones.

LOREN. Eso está muy bien.

CHAR. *(Haciendo como que piensa.)* ¡Ya está! Se me ha ocurrido un suicidio que se sale de lo vulgar, ¡lo que se dice magnífico!

GERAR. ¡Con tal de no sufrir!

CHAR. Nada, absolutamente...

LOREN. ¡Estas mujeres tienen a veces ideas geniales!... A ver, dínoslo.

CHAR. ¿Qué le parecería a usted suicidarse con dinamita? ¿Eh? ¿Es o no es una idea?

LOREN. ¡Maravillosa!...

GERAR. *(Dudando.)* ¿Con dinamita? No se me había ocurrido pensar en eso...

CHAR. Es un suicidio brevísimo. Se mete el cartucho en la boca, le aplica una cerilla y, ¡zas!, le vuela la cabeza... ¡Figúrese quién le va a reconocer después!...

GERAR. *(Vacilando.)* Qué sé yo... Así, a primera vista...

LOREN. *(Levantándose y dándole unas palmaditas en el hombro.)* Nada, nada, Gerardo; no hay más que hablar. ¡Usted se suicida con dinamita!

GERAR. *(Con humilde resignación.)* ¡Como usted mande, don Lorenzo!

LOREN. ¡Ah! No se preocupe de la dinamita, que yo le proporcionaré el cartucho.

GERAR. ¿Se va usted a molestar?

LOREN. ¡No faltaba más!

CHAR. *(Levantándose del asiento y dándole otras pal-*

maditas en el hombro.) ¡Pero qué respetuoso y qué condescendiente es usted, Gerardo!

GERAR. ¡Todo se lo merecen ustedes!

CHAR. Y ahora que ya está conforme y todo dispuesto..., pídele ese favor.

LOREN. ¡Ah, sí!... Pues ya que está usted completamente decidido a suicidarse...

GERAR. Sí, señor.

LOREN. Hágalo llevando puesta ropa mía.

GERAR. No se moleste; muchas gracias. Tengo un traje oscurito, casi nuevo...

CHAR. Dale tu abrigo, y el reloj de oro, y la cartera con tu cédula...

GERAR. ¡Yo no merezco tales atenciones!...

LOREN. ¿Cómo que no? ¡Pero, querido Gerardo! ¡Todo cuanto usted necesite!...

CHAR. Queremos que usted vaya bien vestido y hasta alhajado y todo en ese... acto.

GERAR. Es lo mismo...

LOREN. Sí, hombre, sí. Y puesto que usted quiere pasar inadvertido, pues... ¡figúrese! Llevando mi ropa, mi reloj, mi cédula personal..., todo el mundo creerá que soy yo el suicida...

GERAR. Eso sí es verdad... *(Pausa.)* Y su señora, ¿también lo creerá?...

LOREN. *(Da un salto, alzando el puño amenazante, pero se contiene.)* ¡Mi señora!... ¿Eh?... Mi señora, claro, también lo creerá...

CHAR. *(Aparte a Gerardo.)* ¡Déjela usted viuda! ¡Que se chinche!... *(Y alzando la voz, suplicante.)* Hágalo usted por nosotros..., ¡que somos felices con nuestro amor!...

GERAR. ¡Lo haré! ¡Ya que yo no puedo ser dichoso, séanlo ustedes al menos!

CHAR. ¡Que bueno es usted, Gerardo!

LOREN. ¡Gracias, muchas gracias, Gerardo!

GERAR. De nada, de nada...

LOREN. Pues ya que quedamos en eso, yo me atrevería a rogarle la urgencia..., porque...

GERAR. ¿Le parece a usted bien mañana?...

LOREN. De no poder ser hoy, sí; ¡con tal de que sea temprano!...

GERAR. Sí, señor. Descuide usted. Hoy ya es tarde. Y me exponía a que mi cadáver tuviese que estar toda la noche a la intemperie, cosa poco agradable... Pero mañana, a primera hora, será.
LOREN. Perfectamente. Entonces, Charito y yo nos vamos a comprar... eso.
GERAR. ¿Cuál?
LOREN. La... ¡el cartucho!
GERAR. ¡Oh, qué amables son ustedes!
LOREN. Hasta luego.
CHAR. Adiós, Gerardo. Volveremos en seguida.
GERAR. Como ustedes gusten. *(Mutis los dos.)*

ESCENA VII

Gerardo, el *Ordenanza* y *Fernando.*

GERAR. *(Paseando por la escena y con las manos a la espalda.)* Ya está echada mi suerte. Mañana habremos dejado de existir don Lorenzo y yo. Sí, señor, los dos. ¡Qué cosas suceden en la vida moderna! ¡Que tenga que suicidarme yo para que muera él!... ¡Vamos, esto se cuenta y no se cree!...
ORDE. ¿Se puede?
GERAR. Adelante.
ORDE. Pregunta por usted un señor mal vestido; uno que la última vez que estuvo debió *(indicando con el brazo la acción de sablear)* sablearle, porque me mandó usted a cambiar un billete de cinco duros.
GERAR. ¡Ah, sí, Fernando! ¡Dígale que pase!
ORDE. Justo; ahora recuerdo: Fernando. *(Mutis.)*
GERAR. ¡Qué pena de muchacho!...
FERNA. *(Mal trajeado, de aspecto famélico. Trae un ojo amoratado.)* ¿Das tu permiso?
GERAR. Pasa, Fernando. ¿Cómo estás?
FERNA. *(Con hablar reposado y lastimero.)* ¡Cómo quieres que esté!

GERAR. ¡Vaya por Dios, hombre! ¿Pero es que no se te arregla nada?

FERNA. ¡Nada! Cada vez peor. Y no lo siento por mí. Es que sufre la pobre Ernestina... ¡Y tú ya sabes cuánto la quiero!

GERAR. Como la semana pasada no viniste por aquí, pensé si habrías encontrado alguna ocupación.

FERNA. Aparte de que me avergüenza molestar tanto a los amigos, no vine porque estuve en la verbena.

GERAR. ¡Menos mal que no has perdido el humor!

FERNA. Sí, Gerardo, ¡en la verbena!

GERAR. Pues yo estuve el sábado y el domingo con unos amigos, y no te vi.

FERNA. Yo a ti sí. Estaba contratado, con la cara pintada de negro, recibiendo pelotazos, y no me pareció discreto saludarte... Por cierto que mira cómo me puso este ojo un amigo tuyo... ¡Y cómo os reíais!...

GERAR. ¿Pero eras tú, Fernando?

FERNA. ¡Yo mismo, Gerardo!

GERAR. ¿Y aquel destino que iban a darte en la Casa de Fieras?

FERNA. Me lo dieron, pero sólo estuve un día. Me sorprendió el encargado guardándome un trozo de carne de la del león, para que comiese la pobre Ernestina, y me despidieron.

GERAR. Tienes poca suerte.

FERNA. ¿Poca? ¡Ninguna! Yo me puse a vender gomas para los paraguas, y ha salido el sol en seguida; Don Nicanor y la *Desesperación de Espronceda*, que han sido tan buenos negocios, no me han dado una peseta; me contraté en un coliseo del extrarradio para hacer de cine sonoro detrás del telón, acompañado de un tocador de guitarra, y me quedé afónico... Te digo que estoy desesperado...

GERAR. Pues, chico, hoy me encuentras también a mí en un trance bien triste...

FERNA. ¡Caramba!

GERAR. No, mi tragedia no es de dinero. Aunque no mucho, tengo más del que necesito, y puedo darte alguno. Toma. *(Ofreciéndole unas monedas.)*

FERNA. Hombre, yo..., la verdad, siento mucho molestarte, pero ¡la necesidad es tan triste!...

GERAR. Sí. La necesidad de comer y vivir lo es mucho; pero hay algo más triste todavía. ¡Las necesidades del espíritu, los imperativos del corazón!... ¡Ay, Fernando!...

FERNA. *(Tomando las monedas.)* ¡Qué le vas a hacer! Lo tuyo será cuestión de faldas sólo, claro. Si te da disgustos, olvídala y busca otra. Y si necesitas algo de mí... Que yo te la quite de en medio o que me pegue con quien sea...

GERAR. Gracias. Fernando. ¡No necesito ya nada!...

FERNA. Tú verás. De mí dispón como quieras.

GERAR. ¡Ya, nada; ya, nada!...

FERNA. Pues, adiós, Gerardo.

GERAR. Adiós, Fernando, adiós. *(Mutis Fernando.)*

ESCENA FINAL

Gerardo, Charito y *don Lorenzo.*

GERAR. ¡Pobre Fernando!... Sin embargo, es más feliz que yo. Quiere a su Ernestina, que le adora... ¡Y yo, triste de mí!...

LOREN. *(Que trae a Charito del brazo.)* Ya estamos aquí. *(Mostrándole un paquetito.)* Es de la mejor.

GERAR. ¡No sé cómo agradecer a ustedes tanta amabilidad!...

LOREN. Nada. Ni hablar. ¡Usted se lo merece todo!... ¡Ah, tome la carta del juez; guárdesela en el bolsillo. La de mi mujer yo la haré llegar a sus manos.

GERAR. *(Tomando la carta.)* Está muy bien. De manera que mañana, claro, ¿no vendré a la oficina?

LOREN. Desde luego que no. Yo iré por la mañana a su casa a llevarle la ropa.

GERAR. Perfectamente.

CHAR. *(Dándole la mano.)* Adiós, Gerardo.

GERAR. ¡Hasta nunca!

LOREN. *(Dándole las dos manos.)* Hasta mañana, Gerardo.
GFRAR. Adiós, don Lorenzo.
LOREN. *(Tomando a Charito del brazo inicia el mutis. Desde la puerta se vuelve a preguntarle.)* ¿Puedo irme tranquilo?
GERAR. Nunca he dejado incumplida una orden de mi jefe... ¡Mañana a las doce tendrá usted un cadáver a sus órdenes!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Despacho modesto. Muebles baratos. Algunos retratos; un calendario en una fecha. Al foro, balcón a la calle. Lateral derecha e izquierda, puertas practicables.

ESCENA I

Criada y Gerardo.

(Al levantarse el telón atraviesa la escena la criada. Se acerca a la puerta frontera a la de su salida, golpeándola con los nudillos.)

CRIA. ¡Señorito! ¡Señorito!

GERAR. *(Franqueándola, vestido en pijama.)* ¿Qué sucede?

CRIA. ¡Ah! ¿Ya está usted levantado? Venía a llamarle, porque ya son las ocho. ¿Le traigo el desayuno?

GERAR. *(Secamente.)* No.

CRIA. ¿Es que no va hoy el señorito a la oficina?

GERAR. No.

CRIA. ¿Pero es que está enfermo el señorito?

GERAR. No.

CRIA. Pues me choca el verle levantado tan temprano...

GERAR. Ya ves...

CRIA. ¿Es que, acaso, va de viaje el señorito?

GERAR. Sí. ¡Me voy al demonio! ¿Quieres dejarme en paz?

CRIA. Dispense el señorito... Pero una no tiene otro interés que el de servir al señorito...

GERAR. Gracias. Puedes retirarte.

CRIA. Está muy bien. Pero, si necesita algo, no tiene más que llamarme... *(Se dirige a quitar la hoja del calendario.)*

GERAR. *(Exaltado.)* ¿Qué vas a hacer, desgraciada?

CRIA. *(Asustada.)* Quitar la hoja del calendario. Hoy es martes.

GERAR. *(Casi violento.)* ¡Necia! ¿Quieres quitarme la vida?...

CRIA. ¡A, señorito!... No se ponga así... Después de todo, ¿qué más le da a usted un día que otro?...

GERAR. ¡Eso te creerás tú! *(Exaltado.)* ¡Arrancarme hoy la hoja del calendario!... *(Pomposa y enfáticamente.)* ¡Una hoja del calendario es una página entera del libro de la vida!... Se pasa o se arranca y nos podemos encontrar con que ha terminado el capítulo final...

CRIA. No, señorito. Este no tiene historias por capítulos..., como las novelas. Trae chascarrillos y cantares y recetas... Sobre todo recetas. Los riñones... ¿Se acuerda el señorito de cómo le puse el sábado los riñones, se acuerda?

GERAR. ¡Qué dolor el de ser incomprendido!...

CRIA. ¡Ah!... Pues se los puse por la receta que traía una hoja. Y tengo otra para hacerle un flan que se va a chupar los dedos el señorito...

GERAR. ¡Calla! ¡Chuparme los dedos!... ¡Un flan!... ¡Qué ironías tiene la vida!... ¡Con lo que a mí me gusta el flan, ofrecerme uno en estos tristes y nefastos instantes de mi existencia!...

(Se oye el timbre de la puerta.)

CRIA *(Dando un grito.)* ¡Ay!... No me asuste, señorito..., ¡que nunca le he visto así!...

GERAR. ¡Ni me volverás a ver!... Vete a abrir y que pase el que sea. *(Mutis la criada. Pausa, durante la cual se pasea por la escena.)* ¡Un flan!... ¡Dulce y delicada ofrenda!...

ESCENA II

Gerardo y Desconocido.

CRIA. *(Desde la puerta al Desconocido.)* Pase usted. *(Mutis.)*

DESCO. *(Desde la puerta.)* ¿Se puede?

GERAR. *(Sin verle ni oirle.)* ¡Un flan!...

DESCO. *(Avanzando.)* ¿Se puede?... Buenos días, señor.

GERAR. *(Dándose cuenta.)* Buenos días. Perdóneme... No había reparado... ¡Estoy tan... abstraído!...

DESCO. Lo comprendo; pero eso se arreglará en seguida, y luego se quedará usted tan tranquilo...

GERAR. Luego, sí, claro. ¿Pero usted sabe?

DESCO. Naturalmente. Si no, ¿a qué cree usted que había de venir?...

GERAR. ¿Le envía don Lorenzo?

DESCO. No, señor. Me enteré de sus condiciones... *(Pausa.)* ¿Usted ha sentido, usted siente el temor de perder la vida?...

GERAR. ¿Por qué negarlo? ¡Sí, señor!

DESCO. Y sobre todo, por lo que deja usted detrás de sí... ¡Por ella!...

GERAR. ¡Unicamente por ella!... ¡La quiero tanto!...

DESCO. Es natural... ¡Lo mismo, seguramente, que ella le quiere a usted!...

GERAR. ¿Ella?... ¡Oh, no, no, señor mío! ¡Ella no sólo no corresponde a mi inmenso amor, sino que casi me atrevería a asegurar que la importa poco o nada mi desaparción eterna..., ¡eterna!

DESCO. Perdóneme que lo dude... De todas suertes, el rasgo de usted es hermoso.

GERAR. ¿Usted cree?

DESCO. Verdaderamente altruísta. Grande, emocional, casi heroico...

GERAR. ¡Oh, usted me comprende!... Gracias, amigo... ¿Cómo se llama usted?...

DESCO. Fernández, señor Olivares.

GERAR. ¿Cómo Olivares?

DESCO. ¿No es usted don Lucas Olivares?

GERAR. Yo, no. El vecino de arriba.

DESCO. ¡Caramba! Me he equivocado... Yo no le conozco, ¿sabe usted?... Pero su señora, que estuvo ayer tarde más de dos horas en mi compañía...

GERAR. ¡Eh!...

DESCO. En La Atlántica, Compañía de seguros de vida con diez millones de pesetas desembolsados, para servirle. Pues su señora me dijo que estaba enfermo y bien dispuesto...

GERAR. Pues no soy yo, señor.

DESCO. De todos modos si, como parece desprenderse de nuestra conversación, se encuentra usted en momento peligroso o difícil de su vida..., la Atlántica lo precave, lo admite, lo resuelve todo. ¿Que es usted aviador y va a cruzar el Atlántico? ¿Que va usted a casarse? Esos dos graves riesgos cuentan con su póliza correspondiente. El primero garantiza la vida, y para el segundo tenemos un seguro de vajilla y demás objetos manuales fácilmente deteriorables en las discusiones conyugales...

GERAR. Gracias, pero... yo no tengo herederos...

DESCO. Sin embargo, me voy a permitir dejarle un prospecto... *(Dándoselo.)* Léalo, estúdielo, consulte otras Compañías, y yo volveré a visitar a usted, en la seguridad de que será uno de nuestros más entusiastas clientes...

GERAR. ¡Mi viaje será muy largo!...

DESCO. ¡No importa! Volveré. Hasta la vista, señor mío. *(Se inclina en una reverencia y sale.)*

GERAR. ¡Qué pesadez y qué oportunidad!... *(Suena el timbre.)* ¡Bonito negocio para la Compañía!... *(Aparece la criada.)*

CRIA. ¿Abro, señorito?

ESCENA III

Gerardo, don Lorenzo y Charito.

GERAR. ¡Claro que sí! *(Sale a abrir la criada.)* No sé por qué me da el corazón que es don Lorenzo. *(Aparece éste disfrazado. con gafas de automovilista y sin la barba que usaba. y Charito con traje*

de excursión y un tupido velo. Gerardo, mirándolos de arriba abajo y sin conocerlos.) Ustedes dirán...

LOREN. Está visto, no nos conoce nadie. *(Se descubren riéndose jovialmente.)*

GERAR. ¿Ustedes?...

LOREN. Nosotros.

CHAR. Los mismos, Gerardito.

LOREN. Bien desfigurado debo estar cuando el portero de casa de ésta dijo al vernos salir: «Vayan tranquilos los señoritos, que de esto no sabrá una palabra don Lorenzo.» ¡El gran ladrón!... Y encima tuve que darle una propina...

GERAR. Claro... La barba... que usted usaba.

LOREN. *(Dándole una palmadita en el hombro.)* Y qué, ¿hay muchos ánimos?...

GERAR. Animos..., lo que se dice ánimos, no faltan..., aunque estaba yo pensando si no sería mejor dejarlo para otro día...

CHAR. *(Decepcionada.)* ¿Cómo?...

LOREN. ¡Qué disparate!... Imposible, Gerardo, imposible... Está ya todo arreglado...

GERAR. ¡Entonces!... Pero es que hoy me he levantado con un dolorcillo de cabeza...

LOREN. ¡Qué puerilidad!...

CHAR. ¡Pero, Gerardo, por Dios! ¡Pero si dentro de una hora ya no será suya, ni siquiera cabeza!...

GERAR. Eso sí es verdad...; pero era que... yo...

LOREN. Basta, Gerardo. No vacile. La duda acusa debilidad. Hay que ser hombre en los trances difíciles; tener energía, resolución. Imíteme usted a mí, que estoy dispuesto a desaparecer también... y no creo que usted se atreva a dejarme mal. Ahora que ya están escritas las cartas y hasta me he quitado la barba... La carta para mi mujer se la dejé sobre los bizcochos que acostumbra tomar con el desayuno... *(Tristemente.)* ¡Pobre Luisa; menudo disgusto el que se habrá llevado!...

CHAR. *(Con violencia.)* Si te pesa, aun estás a tiempo de volver a su lado!...

GERAR. ¡No!

LOREN. No se trata de eso. Pero piensa en la pérdida irre-

parable que va a experimentar mi esposa..., modelo de esposas. ¡Tan fiel, tan cariñosa! Yo soy el que se ha portado como un sinvergüenza...

GERAR. Sí, señor; hay que reconocerlo. ¡Abandonaría por... *(Con retintín.)* los yacimientos petrolíferos primero, y ahora dejarla viuda tan joven!...

LOREN. Cállese, Gerardo, que quizá me falte el valor para..., bueno, para que usted se mate.

CHAR. ¡Será mejor que vaya a visitarte a un presidio!

LOREN. No, Charo. Estoy bien decidido. Irá todos los días a orar y a llorar sobre mi tumba..., es decir, sobre la de usted..., es lo mismo.

GERAR. ¿Que irá todos los días?...

LOREN. Y llevará flores. ¡Es tan romántica!

GERAR. *(Exaltado.)* ¡Oh, qué sorpresas nos reserva el destino! Doña Luisa llorando inconsolable sobre mi losa, llamándome «idolatrado y dulce esposo mío», y esparciendo sobre ella flores que besará y regará con su llanto!... ¡Oh!...

LOREN. *(Algo escamado.)* ¿Eh?...

CHAR. *(Al paño y cómicamente.)* ¡Ay!... Me están ustedes metiendo el corazón en un puño..., y se pasa el tiempo y no hacemos nada...

LOREN. Es verdad. Vamos con los últimos detalles, puesto que usted..., es decir, los dos, estamos ya decididos..., ¿no es así?

GERAR. *(Con firmeza.)* Yo, después de lo que usted acaba de decirme, lo estoy. ¡Más que nunca!

LOREN. Pues aligeremos, que el tiempo apremia. ¿Y a qué hora le parece a usted mejor?...

GERAR. La que usted marque.

LOREN. ¿Es buena las once?

CHAR. Mejor es a las diez. Gerardo no tiene hoy nada que hacer...

GERAR. A mí me gustaría más a las doce: cuando está el sol en el cenit y dejan el trabajo los obreros y salen los niños de los colegios...

LOREN. Bien. ¿Y sitio?

GERAR. Un jardín. ¡Morir rodeado de flores!...

CHAR. La rosaleda del Retiro... ¡Es un sitio precioso!...

GERAR. Sí; pero... ¡aquellos guardas tan intransigentes!...

Luego, mi cadáver rodeado de amas de cría y de soldados... No; el Retiro, no.

LOREN. Entonces, el Parque del Oeste.

CHAR. Eso, el Parque del Oeste.

GERAR. No está mal, aunque ¡es tan vulgar!...

LOREN. ¿Y la Moncloa? ¡Eligiendo un sitio donde no haya papeles ni restos de merienda por el suelo!...

CHAR. Yo sé un sitio magnífico, cerca de la Escuela de Agrónomos; hay mucho verde y es blandito para estar echado... Yo iba por allí cuando me preparaba para tanguista, con un chico que estudiaba para Aduanas.

GERAR. ¿Y qué tranvía hay que tomar?

LOREN. Un veintisiete.

CHAR. Ya verá usted qué bien. Yo lo he pasado allí divinamente.

GERAR. *(Muy triste.)* ¡Claro que lo mío es distinto!...

LOREN. Aquí tiene mi gabán; lo pone en el suelo, a un lado.

CHAR. Que lo lleve al brazo.

LOREN. ¿Y sombrero?

CHAR. Casi no se usa. Va más en carácter sin él. A mí todos esos pollos que van a pelo siempre, me parece que van a suicidarse.

LOREN. Tienes razón.

GERAR. Pues no lo llevo.

LOREN. Tenga mi reloj. Esto sí que lo siento; es el que Luisa me regaló cuando nos casamos... Y el anillo de boda. Tome. *(Se lo pone.)*

GERAR. *(Muy emocionado.)* ¡Gracias, don Lorenzo!

CHAR. Y la cartera con tu cédula, ¿no se la das?...

LOREN. Sí. *(Saca la cartera, de la que extrae el dinero.)* No le dejo el dinero porque me parece que no lo necesita para nada.

CHAR. Y nosotros, para el viaje..., ¡figúrese!...

GERAR. Gracias. Para el tranvía tengo yo aquí suelto...

LOREN. Pues... nada más. Así que, venga un abrazo.

GERAR. *(Dándoselo.)* ¡Adiós, don Lorenzo!

CHAR. ¡Me vais a hacer llorar!... *(Lloriquea.)*

LOREN. No, Charito. Hay que tener valor. Ya me veis a mí.

CHAR. *(Dándole ambas manos.)* Es usted un hombre. Así me gusta. Hasta la vista, Gerardo.

GERAR. Adiós. Hasta la eternidad. *(Mutis los dos.)*

LOREN. *(Desde la puerta.)* ¡Ah, se me olvidaba lo principal! ¡La dinamita! *(Saca del bolsillo un cartucho blanco, semejante a un cabo de vela, y se lo da.)* Lo sujeta bien con los dientes, le aplica el mechero...

CHAR. Es mejor una cerilla, y...

LOREN.
CHAR. ¡Pum!

GERAR. Descuiden; así lo haré.

LOREN. *(Otra vez desde la puerta.)* ¿De modo que nos vamos tranquilos?...

GERAR. Sería la primera vez que no cumpliera un deseo de usted. A las doce en punto seré un cadáver más, y... a sus órdenes.

LOREN. ¡Adiós!

CHAR. ¡Adiós. *(Salen los dos lloriqueando.)*

ESCENA IV

Gerardo, y a poco *Nic-Gut*, policía particular.

GERAR. *(Dejándose caer nuevamente sobre la butaca y ocultando la cabeza entre las manos.)* ¡Qué le voy a hacer! ¡Si ella nunca será mía, y yo sin ella no puedo ni quiero vivir, por qué dudar!... *(Pausa.)* ¡Oh sarcasmo del destino!... ¡Su anillo nupcial en mi dedo! ¡El reloj que le regaló en sus esponsales al sinvergüenza del marido, en mi bolsillo! ¡Ella llorando ante mi tumba y adornándola con flores!... Y yo... sin poder despedirme de ella... ¡Si siquiera tuviese un retrato suyo!... A ver si acaso en la cartera... *(Mirándola.)* Nada. A ver aquí. *(Se encuentra dinero.)* ¡Cinco billetes de mil pesetas!... ¿Cómo lo habrá olvidado?... Porque yo, ¿para qué los quiero? ¡Cuánto más preferiría su retrato!... *(Suena el timbre.)* ¡Con qué fruición lo besaría!... *(La cria-*

da, que en este momento cruza la escena, oye las últimas palabras.)

CRIA. *(Melindrosa.)* ¿Qué dice el señorito?

GERAR. *(Mirándola de arriba abajo.)* ¡Nada!... Vete a abrir, y si son los señores que acaban de salir, que pasen. *(Mutis la criada.)* ¡Besarla antes de morir! ¡Y en el instante mismo poner su retrato sobre mi corazón!... ¡Ah, pues como sea don Lorenzo, se lo pido!...

CRIA. Es un señor...

POLI. *(Avanzando decidido. Con bastón y hongo.)* Perdone. Es un asunto urgente; no puedo esperar... *(Mutis la criada.)*

GERAR. ¡Adiós: una interviú para el *Heraldo*¡

POLI. Nada de eso, señor mío.

GERAR. Entonces, cómo se atreve...

POLI. Es un asunto de mayor importancia. Conteste categóricamente a mis preguntas. ¿Usted se llama don Gerardo Núñez Martínez?

GERAR. Sí, señor.

POLI. ¿Natural de Alcaudete?

GERAR. Sí, señor.

POLI ¿De treinta y cinco años de edad?

GERAR. Exactamente.

POLI. Pues a usted es a quien busco.

GERAR. Usted me dirá para qué.

POLI. ¿Es usted secretario de la Sociedad Petrolífera del Lozoya?

GERAR. Era secretario particular de don Lorenzo, el gerente.

POLI. Ya me parecía a mí que usted estaba en el alero...

GERAR. ¿Cómo dice usted?

POLI. ¿Usted ignoraba que esa Sociedad es un timo organizado a la alta escuela?

GERAR. Hasta hoy mismo sí, señor, lo ignoraba.

POLI. ¿Comprende ahora la hipérbole del alero?

GERAR. Lo que no comprendo es en nombre de qué derechos irrumpe en mi casa y me somete a este interrogatorio...

POLI. Ahora lo comprenderá. *(Le ofrece una tarjeta.)* Lea.

GERAR. *(Leyendo.)* Nic-Gut.
POLI. *(Aclarándoselo.)* Nicasio Gutiérrez, sí, señor. Es apócope.
GERAR. *(Sigue leyendo.)* Detective particular.
POLI. Para servirle. Y encargado por los accionistas de la vigilancia y captura del Presidente y del tal don Lorenzo.
GERAR. ¡Ah!
POLI. Para abreviar. Me he pasado parte de la noche frente a la casa de la amiga de don Lorenzo, donde él se refugió anoche. He vuelto muy temprano, y ya no estaban ni ella ni él. Según me telefonea un confidente, no están en la oficina, y pensando pudieran ocultarse aquí...
GERAR. No, señor; aquí no están. Puede registrar la casa.
POLI. Piense que ayudándoles a huir se hace usted cómplice. Y no lo merecen, siquiera sea por el mezquino sueldo que le daban.
GERAR. En eso sí tiene usted razón...
POLI. ¿No he de tenerla?... Y en que se expone usted a que la justicia le eche el guante...
GERAR. ¿A mí?... ¡Difícil va a ser!...
POLI. Veo que sigue usted en el alero... ¿Dónde están?...
GERAR. No lo sé.
POLI. ¿Insiste usted en su hermetismo? Vuelva de su acuerdo. Piénselo usted, mi señor don Gerardo. Lea el Código y empápese de la grave, gravísima responsabilidad que le cabe al cómplice...
GERAR. No se moleste. No sé nada.
POLI. Está bien. Tomo nota de su actitud.
GERAR. Tome lo que quiera...
POLI. Sí, señor. Muchas gracias...
GERAR. Y por de pronto *(avanzando para indicarle la puerta de salida)*, si no lo toma a mal.
POLI. Con mucho gusto. Pero nos volveremos a ver, que de Nic-Gut no se ríe nadie. A sus órdenes. *(Mutis.)*

ESCENA V

Gerardo y Luisa.

GERAR. *(Otra vez solo y dando señales de abatimiento. Saca el reloj.)* Tiemblo al aproximarse el momento... ¡ Fuerzas para tener valor !... ¡ Venga tu imagen, Luisa adorada, a darme ánimos !... ¡ Pondré, con la dinamita, tu nombre entre mis labios !... ¡ Luisa ! *(Nuevo timbrazo e igual juego de la criada, que esta vez entra acompañada de una enlutada que oculta su rostro con un tupido velo negro. La criada sale.)* Usted me dirá, señora.

LUISA *(Misteriosa.)* ¿No le dice a usted nada el corazón?

GERAR. Ni palabra, señora. *(Adivinando.)* ¿Pero esa voz?

LUISA *(Gritando.)* ¡ Ah, me ha reconocido !

GERAR. ¡ Luisa !

LUISA *(Alzando el velo, que echa hacia atrás.)* ¡ La misma, Gerardo ! *(Con gran alegría.)*

GERAR. ¿Usted aquí? ¿No es usted una ilusión?

LUISA No, Gerardo, no ; soy yo, Luisa. Desaparecida la barrera que nos separaba...

GERAR. Explíqueme esas palabras, Luisa de mi corazón, que no sé qué acierto a comprender a través de lo que me dice.

LUISA ¡ Soy libre, Gerardo !

GERAR. ¿Libre?

LUISA Como el viento, como el pájaro... La mariposa negra de mi dolor de viuda puede posarse libremente en la rosa de su corazón, Gerardo.

GERAR. *(Extasiado.)* ¡ Oh qué divina hipérbole de amor !... ¿Luego me amaba usted, Luisa?

LUISA Sí, Gerardo. *(Avergonzada.)*

GERAR. ¿Luego sus repulsas?

LUISA ¡ El dogal del deber que me sujetaba a Lorenzo como la cadena al preso ! Pero esa cadena ha sido rota y soy dueña absoluta de mis sentimientos para poderlos ofrecer a mi albedrío... ¡ Mi marido ha muerto ! ¡ Te amo, Gerardo de mi vida !

GERAR. *(Va hacia ella y la abraza muy fuerte.)* ¡Y yo a ti, Luisa querida!

LUISA *(Deshaciendo el abrazo y arreglándose el velo. Molesta y en tono natural.)* ¡Qué pena más grande!

GERAR. ¿Todavía te acuerdas de él?

LUISA Lo digo por el manto.

GERAR. Pero, dime, Luisa: ¿qué ha sucedido?

LUISA *(Saca una carta del bolso.)* Lee y comprenderás.

GERAR. *(Toma la carta y lee ávidamente.)* «Luisa, perdóname; sé el disgusto que voy a causarte. Cuando recibas ésta yo habré dejado de existir. Los malos negocios me llevan a la muerte; quiero lavar así tu nombre de la deshonra de ser la mujer de un presidiario; prefiero que seas la viuda del que, como tú, cumplió siempre con su deber y hoy cree ineludible el de privarse de la vida. Hasta la eternidad se despide de ti el hombre que tanto amaste. *Lorenzo.*» *(Gerardo se queda de una pieza después de la lectura, abatido.)*

LUISA ¡Pobre Gerardo, qué bueno eres; tú también, como yo, sientes al pobre Lorenzo. ¡Era un valiente!

GERAR. *(Exaltado.)* ¡Era un... *(Calla.)*

LUISA No sabes, Gerardo, lo que agradezco esa actitud... Antes que la alegría, por encima de tus propios sentimientos de amor, pones la tristeza inmensa de la pérdida de tu querido jefe.

GERAR. Sí, Luisa...; pero...

LUISA No...; lo comprendo...: tienes un gran corazón... Sobran las palabras... Yo también sabré en estos momentos reprimir el impulso que me lleva a tus brazos...; le guardaremos un luto honesto y expectante... Iremos a orar por él... Mañana empiezo un rosario a su memoria... ¡Si no tuvieses nada que hacer y quisieras acompañarme!

GERAR. ¿Mañana dices? *(Muy preocupado.)* Sí, Luisa; mañana..., iré...; ahora es mejor que me dejes solo. Son demasiadas emociones...

LUISA No quiero insistir; yo también vuelvo a mi casa para ver si tengo noticias de lo que ha hecho el pobre Lorenzo. ¿Irás, verdad?

GERAR. *(Sin fuerza.)* Sí, sí; seguramente...
LUISA Pues hasta mañana, ¡mi Gerardo! *(Cariñosa.)*
GERAR. *(Avanza y quiere abrazarla. Ella resiste un momento y al fin cede.)* ¡Adiós, Luisa querida!
LUISA *(Aprieta y luego le desvía.)* ¡Gerardo, que me arrugas la pena! ¡Adiós! *(Sale tirándole besos con la punta de los dedos.)*

ESCENA FINAL

Gerardo, Criada y Fernando.

GERAR. *(Desesperado.)* ¡Desgracia la mía!... ¿Qué hacer? ¡Cuando sé que me ama la mujer que idolatro!... ¡Cuando viene a ofrecerme la felicidad soñada durante tanto tiempo! ¿Morir, dejando el mundo, tan bueno, cuando se ama y se es amado? ¡Vivir y gozar plenamente la pasión que se me ofrece!... *(Transición.)* Pero si vivo, ella no será viuda, y si muero, la pierdo para siempre... ¿Si vivo la pierdo y si muero también? Ahora que, viviendo, ella se enteraría de todo el engaño a que me presté, y aun me despreciaría al saber que al final me faltó el valor..., y muriendo aun irá a mi lado por el recuerdo de su marido... *(Firme.)* ¡Morir es preferible! ¡Es preciso, Gerardo! ¿Por qué dudo un instante, ya que me llevo su último beso? *(Muy firme.)* ¡A morir, Gerardo; cumple con tu deber! *(Mira el reloj.)* ¡Qué tarde se ha hecho! ¡No hay tiempo que perder! ¡Juana!
CRIA. ¿Mandaba, señorito?
GERAR. El traje nuevo.
CRIA. Se lo cepillé anoche al señorito; lo tiene colgado en su armario... ¿Quiere el señorito algo más?
GERAR. El pañuelo de seda que no tiene marca y unas tijeras. *(Aparte.)* Arrancaré las iniciales.
CRIA. El pañuelo, en la tabla, encima de las camisas, y las tijeras, en el tocador.

GERAR. Está bien. Vete.
CRIA. Si no necesita nada el señorito, voy a bajar un momento a la tienda.
GERAR. Bueno. *(Sale la criada por la puerta del pasillo.)* Ahora, a vestir mi último traje. *(Entra en su habitación. Al instante, Fernando, muy triste.)*
FERNA. Me dijo la criada que estaba aquí. *(Llamando.)* ¡Gerardo, Gerardo!
GERAR. *(Desde dentro.)* ¿Quién llama?
FERNA. Soy yo, Gerardo: Fernando, tu amigo Fernando...
GERAR. *(Dentro.)* ¡Ah, tú!... ¿Y cómo tú por aquí?
FERNA. Fuí a tu oficina y me dijeron que hoy no ibas, y... tenía que decirte una cosa, y me figuré que quizá estuvieses malo, y he venido.
GERAR. Pues en seguida salgo. Me estoy acabando de vestir... Ahí tienes periódicos..., el *Buen Humor.*
FERNA. ¡El *Buen Humor! (Sarcástico.)* ¡Buen humor tengo yo!
GERAR. Si quieres el *A B C*, ahí está también.
FERNA. No..., deja..., no te preocupes...; yo aguardo. *(Se pasea por la habitación y ve el gabán, que examina atentamente.)* ¡Chico, vaya gabán que te has hecho!
GERAR. ¿Gabán?... ¡Ah, sí...; me lo han traído hace un momento.
FERNA. Debe ser de mucho abrigo..., y tiene una hechura preciosa. *(Se lo pone. En este momento sale Gerardo.)* ¡Chico, no he podido resistir la tentación de probármelo!
GERAR. Y que te está estupendamente. *(Pensativo.)*
FERNA. ¡Y cómo abriga! Con éste no vas a tener frío.
GERAR. ¡Psch!... Ya veremos; quizá lo use muy poco.
FERNA. Pues, chico, yo, si lo tuviese, no me lo quitaba. Claro que hoy estoy destemplado. *(Muy triste.)*
GERAR. ¿Pues qué te pasa?
FERNA. Ahora te contaré. *(Muy triste.)* ¿Te acuerdas cuando te visité ayer en tu oficina?
GERAR. Cuenta conmigo como siempre.
FERNA. ¡Gracias! Ya no aceptaré nada de los amigos. Es imposible seguir viviendo así. Os sacrifico para remediar la necesidad de un día, y al siguiente, el mismo problema... No puedo más... *(Abatido.)*

Esta noche no he vuelto a casa... No me he atrevido... ; a estas horas no quiero pensar cómo estará la pobre Ernestina.

GERAR. Haces mal. Tu presencia la serviría de consuelo.

FERNA. Pues no la veré más. *(Misterioso.)* ¡ Lo tengo decidido !

GERAR. ¿ Quieres abandonarla?

FERNA. Me crees capaz de huir... No, Gerado, no ; pienso en no verla sufrir más... ; no puedo... ; se me traspasa el alma..., y quizá si yo falto..., alguien se apiadará de ella... No es lo mismo, te lo aseguro ; mientras vive el marido, nadie hace nada por que coma un matrimonio ; en cambio, todos los días se leen anuncios en los periódicos de caballeros caritativos que desean proteger «joven viuda».

GERAR. Pero ¿ viuda Ernestina? No comprendo.

FERNA. Debo confesártelo, Gerardo, aunque sé el disgusto que voy a darte. *(Patético.)* ¡ He resuelto matarme !

GERAR. ¿ Matarte? *(Queda pensativo.)*

FERNA. Sí, matarme... ¡ ¡ No puedo más ! !

GERAR. *(Pausa y cavilando.)* ¿ Pero... tú... has pensado seriamente en matarte?

FERNA. Sin que haya nada que pueda quebrantar mi resolución... ; sí, sí, Gerardo ; no trates de apartarme de mi idea... ¡ Sería inútil !

GERAR. *(Casi alegre.)* No..., si no me parece ning... *(Transición.)* Bueno, me parece que no es ningún disparate... Después de todo *(convenciéndole)*, ¿ qué es la vida sino una carga pesada que arrastramos por un camino árido y espinoso?

FERNA. ¡ Piensa en la mía, Gerardo ! ¡ Siete años hace que me casé por amor con Ernestina, y seis, desde que me dejaron cesante, que arrastro mi cruz.

GERAR. *(Dejándose convencer.)* ¡ Que sí, que sí ! ¡ Que tienes razón que te sobra ! ¡ Que está todo muy malo !

FERNA. Y cuanto antes, mejor. Aprovecharé hoy, que me encuentro decidido. *(Se levanta y va a quitarse el gabán.)*

GERAR. No; no te quites el gabán. *(Muy pensativo.)* Espera un momento... ¿Y tú de qué modo habías pensado?...

FERNA. Esa es otra; lo más rápido es un tiro...; pero tengo el revólver empeñado... He pensado en el veneno, pero cuesta todo un ojo de la cara en las farmacias; además, tendría remordimiento de gastar en sublimado para mí, sabiendo que la pobre Ernestina no ha tenido hoy qué llevarse a la boca... ¿El Viaducto? Está muy vigilado; pero..., aprovechando un momento de descuido...

GERAR. ¿No te asusta pensar que te vas a hacer papilla?

FERNA. ¡Bastante me importa!... Lo único que me interesa, y esto sí que quisiera que me lo asegurases antes de decirte adiós por última vez, es que no desampares a la pobre Ernestina. ¡Déjame que te lo pida de rodillas *(Intentando arrodillarse, lo que impide Gerardo.)*

GERAR. Ten calma, Fernando..., que se me está ocurriendo una cosa... que quizá fuese una solución. *(Sin atreverse.)* Si tú, como dices, no tienes pensado el medio..., yo..., respecto a tu mujer, quizá pudiera...

FERNA. Habla, Gerardo, por favor; no sabes qué tranquilidad sería para mí desaparecer sabiendo que Ernestina quedaba a cubierto de necesidades.

GERAR. Claro que la cosa es un poco violenta para proponérsela a un amigo, mas... *(mintiendo)* cuando hay una parte de secreto que no me pertenece y que tú harás el favor de no inquirir...

FERNA. Dime lo que puedas decirme; yo no trataré de saber nada más.

GERAR. Pues bien; te lo diré...: ¿A ti te sería lo mismo suicidarte con dinamita?

FERNA. No se me había ocurrido el procedimiento; pero ¡qué más da!... Después de todo..., es rápido..., es seguro...

GERAR. Eso sí: rápido y seguro como no hay otro.

FERNA. Pues sí..., es lo mismo.

GERAR. Entonces no hay más que hablar... Lo tengo resuelto... Tu mujer no pasará privaciones de aquí en adelante; y mira, para que puedas irte tranqui-

lo, te voy a dar unas pesetas, que puedes enviar a tu casa. *(Saca la cartera.)* Aquí tienes cinco mil pesetas. *(Le da la cartera. El otro va a coger las pesetas.)* No, no ; guarda la cartera también, no se te vayan a caer del bolsillo.

FERNA. Gracias, Gerardo... ¿Y cuándo debo?...

GERAR. Pues mira, eso sí urge, porque se trata, sabes, *(mintiendo)* de un legado testamentario para... viudas de suicidas..., ¿sabes?, y... hoy, hoy precisamente caduca... ; eso : hoy caduca. Así es que debes hacerlo a las doce. ¿Te parece buena hora?

FERNA. Lo que tú digas.

GERAR. Yo creo que... las doce... Está el sol en el cenit ; dejan el trabajo los obreros ; salen los niños de los colegios...

FERNA. Muy bien.

GERAR. ¿Y sitio? ¿Te gustaría el Parque del Oeste?

FERNA. ¡ Psch !... Me es lo mismo.

GERAR. Tomas un veintisiete. Cerca de la Escuela de Agrónomos hay un sitio precioso, verde, mullido...

FERNA. Conforme. Allí será, a las doce en punto.

GERAR. Para que sepas la hora, llévate ese reloj de oro...

FERNA. *(Rechazándolo.)* Hombre, esto ya me parece un abuso...

GERAR. De ningún modo ; tú te lo llevas.

FERNA. *(Aceptándolo.)* Bueno. ¡ Ah ! ¿Y la dinamita? ¿La compro de este dinero?...

GERAR. ¡ Quita de ahí ! No cambies. Tengo yo una magnífica. La que empleábamos para abrir los pozos de petróleo. *(Buscando.)* Aquí, en el bolsillo del gabán precisamente, hay un cartucho...

FERNA. *(Sacándolo.)* Sí ; aquí está. *(Pausa. Intenta nuevamente quitarse el gabán.)* Voy a dejártelo. Es una lástima que se estropee...

GERAR. ¡ Que no, hombre, que no ! ¡ Por el Parque del Oeste suele correr un vientecillo fresco ! ¡ No te vayas a constipar !

FERNA. Como quieras. *(Dejándoselo puesto.)* ¡ Qué bueno has sido siempre para mí, Gerardo ! ¡ Hasta en estos momentos, en los que quieres que no me

prive de nada !... *(Abrazándole.)* ¡ Adiós, mi querido amigo !

GERAR. Déjate de sensiblerías. Somos dos hombres. ¡ Pues a portarnos como tales ! ¡ Hasta la eternidad, Fernando !...

FERNA. ¡ Hasta la eternidad, Gerardo !...

TELÓN

ACTO TERCERO

Vivienda de Fernando. Habitación con aspecto de pobreza. En el centro, un cajón de pino, a modo de mesa, alrededor del cual hay cuatro o cinco sillas desiguales y desvencijadas. En un ángulo, una cuerda, y pendientes de ella algunas prendas en mal uso. En un viejo estante, varias piezas de vajilla, a tono con la miseria de la estancia. Y sobre una silla, un mantón de manila y unos zapatos nuevos de charol.

Al levantarse el telón, Ernestina y Fernando, sentados ante el cajón-mesa, comen de las viandas que en diversos paquetes recién abiertos hay sobre él; también se ven botellas de vinos de marca y una de champán. Sobre otra silla, muy visible, el gabán de don Lorenzo y el paquete de dinamita.

ESCENA I

Fernando y Ernestina.

ERNES. ¡Con las ganas que tenía yo de comer boquerones!...

FERNA. *(Muy triste.)* Pues come..., come.

ERNES. ¿Y tú?... *(Mirándole con fijeza.)* ¿Qué tienes?

FERNA. Nada...

ERNES. ¿No estás contento?

FERNA. *(Fingiéndolo.)* Sí, sí..., muy contento..., ¡muy contento!...

ERNES. No sé..., ¡parece que te encuentro raro!... *(Pausa.)* Sírveme más vino; ¡este vino tan rico, que hace tanto tiempo no probaba!

FERNA. *(Sirviéndole.)* Sí; es una manzanilla deliciosa.

ERNES. Bebe tú también, Fernando; que el vino da alegría.

FERNA. *(Bebiendo.)* Beberé, pero no lo necesito, porque estoy muy alegre..., ¡muy alegre!

ERNES. No, Fernando, no lo estás. A ti te ocurre algo.

FERNA. *(Levantándose y llegándose a ella para cariciarla mimoso.)* ¡Pero qué... bonita eres! ¡Mi Ernestina buena, cariñosa! ¡No sabes bien cuánto te quiero!... *(Pausa.)* Anda, come...

ERNES. Tú me ocultas algo, Fernando. ¡Dime qué te sucede!... Me has sacado el mantón; me compras unos zapatos magníficos; traes todos estos paquetes, y dinero. No me explicas el por qué de todo esto, y te encuentro triste, abatido.

FERNA. No te preocupes ni pienses en otra cosa que en lo muchísimo que te quiero.

ERNES. Lo sé; y por eso mismo, y por lo muchísimo que yo te quiero a ti también, tengo que preocuparme Habla... No me ocultes nada. *(Pausa.)* Dime... ¿Es que acaso has... *(Sin atreverse a pronunciar la palabra.)*

FERNA. ¿Qué quieres decir?... No; no he robado, aunque por ti, para que vivas feliz, soy capaz de todo; estoy dispuesto al mayor sacrificio...

ERNES. Entonces, ¿por qué no me dices de dónde ha salido todo esto?...

FERNA. Verás: Es que... yo..., claro..., ¿sabes? ¡Como te quiero tanto!..., pues..., eso: que te he traído todas estas cosas, y el mantón, y los zapatos, para que estés contenta; y dinero... para que te compres lo que quieras...

ERNES. Pero, bueno; ¿de dónde ha salido ese dinero? O lo robaste...

FERNA. Eso, no. *(Con dignidad.)* ¡Soy un hombre honrado! ¡He sabido pasar hambre!

ERNES. O te lo han dado por algún negocio feo...

FERNA. Pues mira, sí; me han propuesto un negocio; y como yo no quiero que tú pases más calamidades..., lo he aceptado.

ERNES. ¿Y qué negocio es ese?

FERNA. Un viaje... Así te quedarás sola y podrás vivir bien, libre de esta miseria en que nos consumimos los dos.

ERNES. A tu lado nada me importa; lo sufro todo.

FERNA. Yo no puedo consentirlo. He decidido irme.

ERNES. Me iré contigo.

FERNA. ¡Es un viaje muy largo!

ERNES. Contigo me iré al fin del mundo.

FERNA. No puede ser, Ernestina. ¡Voy más allá!...

ERNES. ¿Qué dices, Fernando de mi vida?...

FERNA. ¡Te quedarás sola y libre! ¡Para siempre!...

ERNES. ¡Pero Fernando, tú estás loco!...

FERNA. Ese queso, esos boquerones, ese jamón en dulce; la manzanilla, el champán; y este puñado de pesetas *(sacando unos billetes y unos duros)* son... ¡el precio de mi vida!...

ERNES. *(Levantándose y abrazándolo.)* ¡Ay, Fernando de mi alma; tú has bebido!...

FERNA. No lo he probado, Ernestina. Lo que te estoy diciendo es una verdad tan grande como el cariño que te tengo. Sábelo de una vez, Ernestina de mi corazón. *(Consultando en el reloj de oro que le dió Gerardo.)* Dentro de una hora y veinte minutos, a las doce en punto, cuando esté el sol en el cenit..., tengo la irremediable obligación de desaparecer enfundado en ese gabán... ¡Tengo que suicidarme!...

ERNES. *(Mirándole con estupefacción.)* Lo dicho, ¡tú estás mal de la cabeza!

FERNA. Estoy muy bien, y hasta dentro de setenta y tantos minutos pienso tenerla sobre mis hombros. Después..., ¡nada! ¡Como un globito al que se le aplica la lumbre de un cigarro!

ERNES. *(Mimosa.)* ¡Jesús, qué horror! *(Pausa, durante la cual le mira, acariciándole.)* ¡Y dices que me quieres! ¿No piensas en lo que iba a ser de tu Ernestina?

FERNA. Tu porvenir está asegurado. Nada te faltará. Para eso precisamente voy a matarme.

ERNES. A costa de tu vida no podría ser dichosa, ni quiero vivir... Prefiero morir contigo... *(Pausa.)* Además, ¿qué relación hay entre tu muerte y que yo viva sin que no me falte nada? ¿Quieres explicarte, Fernando?...

FERNA. Te lo explicaré en dos palabras: hoy, esta misma mañana, aburrido de esta triste vida, fuí a

ver a un amigo mío que se llama Gerardo, para comunicarle mi fatal determinación...

ERNES. Gerardo... ¿Es ese que está colocado en la Sociedad de los petróleos?

FERNA. El mismo.

ERNES. Pues ayer estuve yo allí hablando con el director, para pedirle una colocación para ti.

FERNA. ¿Y de qué le conoces tú?

ERNES. Yo de nada. Me dió una carta para él su amiguita Charito, aquella muchacha que vivía conmigo cuando te conocí.

FERNA. ¡Pero Ernestina!...

ERNES. No te lo dije porque sé no te gusta me trate con mis amistades de aquella época.

FERNA. ¡Y diste en hueso!

ERNES. ¡Me dió esperanzas!

FERNA. Pues piérdelas. Gerardo tampoco piensa seguir allí. Debe andar mal el negocio. Es más, Gerardo..., digo yo... En fin, que esto no tiene remedio.

ERNES. ¡Qué ganas tienes de mortificarme!

FERNA. No, Ernestina; quiero libertarte de esta vida de miseria. Todo será cosa de poco. Un momento nada más. Yo... ¡volaré! Y tú llorarás otro momento inconsolable; pero te resignarás; irás consolándote, y al fin podrás vivir modestamente, con un destinito que te darán...

ERNES. ¡Calla, por Dios! ¡No me atormentes! ¡Tú no harás esa locura!...

FERNA. No tengo más remedio. Es tu redención. Además, le he dado mi palabra de honor a Gerardo de volar hoy mismo, y yo no falto nunca a mi palabra.

ERNES. Eso es un disparate, un absurdo... Yo lo impediré.

FERNA. No te molestes. Unicamente te pido que vivas honesta, que me guardes fidelidad..., a no ser que encuentres un hombre bueno que te quiera de verdad y que se case, también de verdad, contigo...

ERNES. ¡Oh, calla, calla, Fernando de mi alma! *(Llori-*

quea. El la abraza. Suenan unos golpes dados con los nudillos en la puerta.)

FERNA. ¡El portero! *(Indicándole el que habrá puesto sobre el cajón donde están las viandas.)* Ahí tienes dinero; págale, que yo no lo quiero ver... *(Mutis lateral. Ernestina, limpiándose las lágrimas, va a abrir.)*

ESCENA II

Ernestina y Charito.

CHAR. Hola, Ernestina. ¿Cómo estás, guapa?

ERNES. ¿Cómo quieres que esté? *(Se besan.)*

CHAR. *(Con apresuramiento.)* Vengo muy de prisa a pedirte que me hagas un gran favor. Está ese abajo, esperándome en un coche.

ERNES. ¿Quién?

CHAR. Mi Lorenzo. ¿Lo harás?

ERNES. Si puedo, sí.

CHAR. Claro que puedes. Mira, quiero que veas a Manolo.

ERNES. ¿Manolo?

CHAR. El muchacho que estaba en casa la tarde que fuiste por la carta.

ERNES. ¡Ah, sí; ya recuerdo! ¿Y dónde veo yo a ese Manolo?

CHAR. En el cabaret Tarakof. Es el primer «balalaika» de la orquesta rusa. Manolo García. No tienes más que preguntar por él, y decirle que yo me he tenido que ir de viaje en auto con el viejo, que no he podido despedirme de él, porque salimos precipitadamente. Que le quiero más que nunca, que le escribiré, que volveré pronto a su lado. Le entregas este retrato y estas cien «leandras». Y dile también que a ver lo que hace mientras yo estoy fuera, pues como yo me entere de que se las gasta con otra, cuando venga..., ¡vamos, es que le señalo!...

ERNES. *(Tristemente.)* Bueno.

CHAR. ¿Pero qué te pasa?

ERNES. ¡Estoy muy triste! ¡Soy muy desgraciada!
CHAR. ¿Por qué? Dímelo, a ver si yo puedo ayudarte.
ERNES. ¡Fernando me abandona!
CHAR. Anda, ¿y por eso te apuras? No lo dejes, o busca otro.
ERNES. No; yo le quiero mucho; no podría vivir sin él; ¡y se quiere matar! *(Lloriquea.)*
CHAR. ¿Que se quiere matar? ¡Mira qué casualidad! Lo mismo me decía ayer el mío, y ya ves. Hoy me lleva de viaje. Haz tú lo mismo que yo: convéncele.
ERNES. No me hace caso. Dice que no tiene más remedio, que me va a dejar muy bien...
CHAR. Bueno, eso ya es otra cosa.
ERNES. Para mí, no. Yo le quiero con toda mi alma.
CHAR. Tú siempre has sido una tonta.
ERNES. ¿Qué le voy a hacer? Ha recibido dinero, le ha dado su palabra a su amigo Gerardo de suicidarse a las doce en punto...
CHAR. ¿Cómo?... ¿A qué Gerardo?
ERNES. Al secretario de eso de los petróleos.
CHAR. *(Muy sobresaltada.)* ¿A Gerardo, el secretario de mi Lorenzo? ¡Ay, Ernestina, que me parece que aquí hay un lío!... ¡No me digas!... ¡Pero ahora mismo voy a poner yo esto en claro. *(Inicia el mutis.)*
ERNES. ¿A dónde vas?
CHAR. A que suba Lorenzo. *(Mutis.)* ¡Pero que ahora mismo!...
ERNES. *(Pensativa y tristemente.)* ¡No lo entiendo! ¿Qué tendrá que ver mi Fernando con el don Lorenzo de esta loca? A mí lo único que me importa es mi Fernando... ¡No, no se suicidará, o yo me mataré con él!... *(Recapacitando.)* ¡Ay, Dios mío, que está solo! *(Se dirige corriendo a la habitación en que entró su marido.)* ¡Fernando! ¡Fernando de mi alma!...
FERNA. *(Asomándose a la puerta.)* ¿Qué te pasa?
ERNES. ¡Ay, Jesús, qué susto!
FERNA. ¿Te ha faltado al respeto?
ERNES. No fué el portero quien llamó.
FERNA. ¿Entonces?

ERNES. Fuiste tú quien me asustó. ¿Qué hacías, Fernando?... *(Mimosa.)*

FERNA. ¿Yo? Pero ¿quién estuvo aquí?

ERNES. Ya lo sabrás... *(Tocándole los bolsillos de la americana, como para cerciorarse de si tiene algún arma, y mirando hacia dentro de la habitación y pretendiendo entrar.)* ¡Dime lo que hacías!

FERNA. Escribiéndole una carta a Gerardo, en la que apelo a su caballerosidad, por la que espero cumpla su palabra de no desampararte, como yo cumpliré la mía.

ERNES. *(Con gran vehemencia.)* ¡Ay, no; eso no puede ser; no será!... *(Se oyen voces de la conversación de don Lorenzo y Charito que llegan. Mutis Fernando a la habitación.)*

ESCENA III

Ernestina, Charito, don Lorenzo y en seguida *Fernando.*

CHAR. *(Por la puerta que dejó entreabierta al salir, trayendo de la mano a don Lorenzo, que viste como en el acto anterior.)* Me lo acaba de decir esta amiga...

LOREN. No puede ser... Indudablemente aquí hay un error. *(Adelantándose a Ernestina.)* ¿Cómo está usted?

CHAR. *(A Ernestina.)* ¿No acabas de decirme que tu marido le ha dado su palabra a Gerardo de suicidarse a las doce en punto?

ERNES. Sí. *(Don Lorenzo repara en su gabán y en el cartucho de dinamita, y le toca con el codo a Charito, para que lo vea; ésta da un grito.)*

LOREN. ¿Dónde puedo yo ver a su marido?

ERNES. Está en casa.

LOREN. Haga el favor de avisarle.

ERNES. *(Llamándole.)* ¡Fernando, Fernando! Sal. *(Se asoma Fernando.)* Este caballero, que desea hablarte.

LOREN. *(Saludándole.)* Señor mío. *(Se dan la mano.)* Yo le ruego a usted tenga la bondad de contestar-

me a lo que voy a preguntarle: ¿es usted amigo de Gerardo, el secretario general de la Compañía petrolífera?

FERNA. Sí, señor; hace mucho tiempo.

CHAR. ¿Lo ves?...

LOREN. ¿Y Gerardo le..., vamos, le ha incitado a usted al suicidio?...

FERNA. Le diré. Gerardo, que es bueno y gran amigo mío...

ERNES. ¡Diga usted que sí! Y le ha dado dinero; mire usted todo lo que ha traído, y lo que me ha comprado...

LOREN. Perfectamente.

CHAR. ¡El gran hipócrita! ¡Y parecía tonto! ¡Fíjate en su faena! Aprovechándose de nuestra huída, ha catequizado a este infeliz para quedarse libre y solo con tu mujer.

LOREN. *(Recriminándola.)* ¡Charo, más discreción!

ERNES. *(A Charito.)* Oye, ¿qué es eso de infeliz?...

CHAR. *(A don Lorenzo.)* ¿Pero no lo comprendes?

LOREN. Claro que lo comprendo. *(Pausa.)* Después de todo..., a mí me es igual se suicide el uno o el otro...

ERNES. A mí no. ¡Ah, no, señor!... Y aquí estoy yo para evitar que mi marido cometa semejante disparate.

LOREN. Entonces habrá que buscar a Gerardo, que de mí no se ríe ese idiota.

ERNES. *(Resueltamente.)* Yo misma iré a buscarle. *(Se pone los zapatos.)* ¿Dónde vive?

FERNA. Pero Ernestina, ¿qué vas a hacer?

ERNES. ¡No faltaba más! ¡Para mí tu vida lo es todo: mi felicidad, mi misma vida!...

LOREN. Vive ahí cerca, en la calle Central, número 17. Abajo está mi chofer, que la llevará.

CHAR. Yo te acompañaré.

LOREN. No; ni debe saber que estamos aquí. Sería espantar la caza. *(A Ernestina.)* Usted le dice únicamente que su marido ha desistido, ante sus ruegos y razonamientos, de tal disparate; y le lleva el gabán y el cartucho... Así caerá en la

red, y vendrá corriendo a tratar de convencerle nuevamente.

CHAR. Tienes razón.

ERNES. Hasta luego. *(Mutis. Se lleva el gabán y la dinamita.)*

ESCENA IV

Los mismos menos *Ernestina.*

LOREN. ¿De modo que Gerardo le propuso a usted que se suicidara?

FERNA. No, no fué así. Yo llegué a su casa desesperado, le dije que pensaba matarme, y...

CHAR. ¡Y claro, vió el cielo abierto!...

LOREN. Y entonces él le indujo..., y le señaló el sitio y la manera...

FERNA. Me dijo que, si me era lo mismo, que emplease la dinamita.

CHAR. ¡Qué sinvergüenza! ¡Le ha colocado íntegro el disco!...

LOREN. ¿Y le dió el gabán?

FERNA. Sí, señor.

CHAR. ¿Y una cartera?

FERNA. Sí, señora.

LOREN. ¿Y una carta para el juez?

FERNA. Sí; y este reloj *(Enseñándolo.)*, para que supiese la hora: las doce en punto. Y cinco mil pesetas.

CHAR. ¡Las que te dejaste en la cartera! ¡El gran canalla!

LOREN. *(Pensativo y titubeando.)* Vaya, vaya... De modo que usted estaba verdaderamente dispuesto...; es decir, lo está.

FERNA. Le diré... Yo creo que cuando un hombre contrae un compromiso, debe cumplirlo...; yo soy incapaz de faltar a mi palabra. Pero cuando, como en este caso, se trata de un sinvergüenza, según dicen ustedes..., yo, la verdad, me considero relevado de toda obligación...

LOREN. No obstante, usted ha recibido dinero por su compromiso...

FERNA. Con devolverlo...
CHAR. Usted ha dispuesto de él.
LOREN. Ha gastado parte, y eso no sería correcto...
FERNA. ¡Pero, señores míos!... ¡Comprenderán que no se le puede obligar a un hombre a que se mate por unas raciones de fiambre, un poco de pescado frito y unas botellas de manzanilla y champán! Lamento el que a ustedes les contraríe o les moleste, pero... no cuenten conmigo... Aquí tengo el dinero, excepto unas trescientas pesetas que he gastado. Yo se lo entrego a Gerardo, y allá ustedes se las compongan con él...
CHAR. Casi casi tiene razón este hombre.
FERNA. Y sin casi.
CHAR. Quien debe matarse es Gerardo. Lo que pasa es que tu... viuda *(Con ironía.)* le ha prometido algo, y él, claro, se ha arrepentido.
LOREN. *(Como razonando.)* ¡Si ella se creía viuda..., como faltarme, no me faltaba!... Sin embargo, debía cumplir esos formulismos al uso: el llanto, los ayes y el recogimiento del novenario; luego las visitas al cementerio, para dejar sobre mi tumba flores, lágrimas y oraciones... No hay duda: se ha dado demasiada prisa para disfrutar de las delicias de la viudez.
CHAR. Eso. ¡Tienes muchísima razón!
FERNA. A mí me parece que no, y ustedes dispensen me tome vela en este entierro... ¿De modo que usted la abandona por otra... señora, y todavía quiere que fuese a poner sobre su tumba flores y lágrimas, ¡y oraciones? ¡Mejor dicho, sobre la tumba de otro!... ¡Pintoresco!
CHAR. Mire usted, éste no necesita que nadie le quiera ni le llore más que yo.
LOREN. ¡Ya me figuro yo que tú te comportarías de otro modo!
CHAR. *(Mimosa.)* ¡Tranquilo puedes estar!... *(Se oye el ruido de un auto que para ante la puerta.)*
FERNA. Ellos deben ser.
LOREN. Será mejor que al entrar no me vea aquí. ¿Dónde me oculto?
FERNA. *(Indicándoles la puerta lateral izquierda.)* Aquí.

(Mutis don Lorenzo y Charito. Se oye que llaman a la puerta. Fernando va a abrir.)

ESCENA V

Fernando, Ernestina, Luisa y Gerardo.

LUISA *(A Ernestina.)* ¿Es este su marido, señora?
ERNES. El mismo, ¡señora!...
LUISA Perdone que, después de lo que me ha manifestado su esposa y de la confesión que acaba de hacerme Gerardo, forme un concepto... deplorable de su seriedad.
FERNA. Señora...
ERNES. Vamos, que la seriedad de usted se las trae.
LUISA ¿Oyes, Gerardo? ¡Esta mujer me ofende!
GERAR. Te diré. Esta señora ama a su marido.
LUISA ¡Yo te amo a ti!...
GERAR. Y es natural que defienda su vida...
LUISA Yo defiendo la tuya, porque sin ti y sin tu amor, ¡me moriría!...
GERAR. Ahora bien, debes reconocer, querido Fernando, que me diste tu palabra, y que al faltar a ella me defraudas... ¡Tu seriedad queda hecha un guiñapo!...
FERNA. Tú comprenderás que no es lo mismo faltar a la cita en un café que volarse la cabeza con dinamita.
LUISA Señor mío, no haberse comprometido.
FERNA. Vamos a cuentas. ¿Gerardo no estaba dispuesto a suicidarse?
LUISA Porque yo no le amaba. Pero ahora que sabe que seré siempre suya...
FERNA. Se arrepintió.
LUISA Buscó un sustituto, que no es lo mismo.
FERNA. Pero él faltó a su compromiso con su jefe.
LUISA ¡Su jefe!... ¡Valiente sinvergüenza!
ERNES. ¡Señora, no hable tan alto! Además que, vamos..., yo creo que usted...
LUISA ¿Es que le parece casquivana mi conducta? ¡Ah, no! ¡Soy libre! ¡Soy la viuda de un suicida!

ERNES. A mí me parece que va usted demasiado aprisa, y que debía aguardar un poco más para lanzarse al amor con otro hombre.

LUISA Desaparecida la barrera que guardaba mi honestidad de mujer casada, ansío ofrecer a mi Gerardo las más preciadas flores de mi jardín sentimental...

GERAR. ¡Oh, Luisa, bien mío, qué feliz me haces y cuánto te amo! *(Se abrazan.)*

LUISA ¡Como yo a ti, cada vez con más fuerza!...

ERNES. Bueno, que estamos aquí nosotros... Morigérense, que no es ocasión de decir cursilerías, sino el momento de tomar una determinación; porque mi Fernando no se mata.

LUISA *(Suplicante.)* Fernando, usted que parece un caballero, ¿se atreverá a romper el nudo de nuestro amor?

GERAR. *(En el mismo tono.)* Fernando, ¿oyes?... ¡Tú que siempre fuiste tan bueno y tan serio!...

ERNES. *(Indignada.)* ¿Pero quieren ustedes dejar de decir tonterías? Y usted, señora, ¡más formalidad! Vuélvase a su casa, quítese ese ridículo indumento, y a esperar allí a su marido, que es su obligación.

LUISA *(En tono declamatorio.)* ¡Nunca! ¡Mi marido ha muerto!

ERNES. ¡Qué más quisiera usted!

LUISA Mi marido ha huído con otra mujer; ha muerto para siempre para mí. Tengo la carta anunciándome su suicidio. Soy viuda, libre, y no habrá fuerza humana que me separe de mi Gerardo, ¡el único hombre que ha hecho vibrar mi corazón!

ERNES. ¿Pero se quiere usted callar? ¡So cursi!...

FERNA. *(Aparte.)* Miren la viuda alegre...

LUISA ¿Callarme? A él mismo sería capaz de decírselo si un día se presentase ante mis ojos.

ESCENA VI

Los mismos y don Lorenzo.

LOREN. *(Saliendo de su escondite.)* ¿Qué es lo que me dirías?...

LUISA *(Azorada.)* ¿Yo?... ¡Gerardo!... ¡Lorenzo!... ¿Tú?... *(Ernestina y Fernando detienen a don Lorenzo. Ella da un paso atrás, con Gerardo.)*

LOREN. Yo, sí. Habla.

GERAR. *(Aparte.)* ¡Arrea! *(A don Lorenzo.)* Don Lorenzo, discúlpela usted. La noticia de su muerte, que recibió así, tan de sopetón, la ha excitado. Serénese. Oiga con calma, que yo le explicaré.

LOREN. *(Amenazante.)* ¡Usted!... *(Serenándose.)* ¿Usted me aconseja calma? Bien, quiero ser justiciero. ¿Cómo es que están ustedes juntos?

GERAR. Porque... porque Luisa fué a casa para enterarse de lo que había de su muerte...

LOREN. *(A Ernestina.)* ¿De modo que usted encontró a mi mujer en casa de este miserable?

ERNES. La criada no me dejaba pasar; pero yo entré, y ¡claro!, la encontré allí.

LOREN. ¡Ah, infame!

LUISA No, Lorenzo. Todavía no tengo que arrepentirme de las locuras de la viudez.

LOREN. Quiero creerte.

LUISA ¡Te lo juro!

LOREN. Entonces procedamos urgentemente a resolver lo más interesante. Uno de nosotros tres debe morir. ¿Quién? He aquí el problema.

LUISA *(Con ingenuidad.)* Yo creo que, si tú estabas verdaderamente decidido...

LOREN. *(Indignado.)* ¿Yo? ¡Ah, miserable!...

ERNES. Y ya que su señora..., vamos...

FERNA. ... ama a Gerardo. ¿Para qué andar con rodeos?

GERAR. Y que la Policía le echará el guante y lo zampará en presidio...

LOREN. ¿De modo que ustedes *(A Luisa y Gerardo.)* quieren que yo desaparezca para entregarse libremente al amor y sus derivados?... Pues no lo lograrán,

porque si yo desaparezco de la vida, será llvándomelos a ustedes por delante...

ESCENA VII

Los mismos y Charito.

CHAR. *(Apareciendo de súbito.)* ¡Qué disparate! *(Todos se muestran sorprendidos.)* Y me parece que ha llegado el momento de que yo intervenga. ¿Qué es eso de que Lorenzo se tiene que matar? Están ustedes un poco equivocados. Este, mi Lorenzo, tiene que vivir para mí y por mi cariño.

LUISA Esa mujer se atreve...

CHAR. A todo, señora. La veo a usted apiñonada con ese... ave fría. Le veo a él «avasallao» por todos ustedes, y... ¡envido! ¿Qué va a ser esto? Mira, Lorenzo: tenemos dinero, un auto y la carretera para salir de «arrea»... ¡Que la «felicidaz» nos aguarda!... *(Pausa.)* ¿Qué esperas?

LOREN. Gracias, Charito. Tú eres la única que me presta consuelo en estos tristes momentos... Sin embargo, piensa en la inminente mala acción que van a cometer conmigo esta mujer traidora y este subordinado desleal...

CHAR. Déjalos. Es tu mejor venganza. Que este... mamarracho cargue toda su vida con esta... señora. *(Con retintín.)*

LUISA ¡Oiga, señora!

CHAR. No oigo nada. Vámonos, Lorenzo.

LUISA *(Con acento patético.)* Sí, huye, Lorenzo, como te dice esa mujer. Yo te perdono y te prometo no mancillar tu apellido. ¡Mientras la muerte no rompa el lazo que nos unió ante el altar, yo no seré de Gerardo!...

GERAR. Entonces yo creo que debe usted quedarse.

LUISA ¡Que se vaya!

GERAR. ¡Que se quede!

ERNES. ¡Que se vaya con su mujer!

FERNA. ¡Que se quede! ¡Pero yo no me mato!

GERAR. ¡Ni yo!

LOREN. Mi resolución está tomada: vivir. Huiremos muy lejos, Charo. Haremos fortuna... Y *(Dirigiéndose a Luisa y a Gerardo.)* ¡desdichados de vosotros el día que vuelva a pediros cuenta de vuestra conducta!...

CHAR. Así te quiero, Lorenzo mío. No perdamos tiempo. *(Se dispone.)*

LOREN. Vamos. *(Se sube el cuello del abrigo, se cala la gorra y se pone las gafas. Suenan en la puerta unos golpecitos dados con los nudillos. Fernando va a mirar con precaución. Vuelve.)*

FERNA. Un policía amigo mío.

LOREN. ¡Maldición; me pescaron!

CHAR. *(Suplicante, a Fernando.)* ¡Sálvenos, por favor! *(A Ernestina.)* Pídeselo tú!

ERNES. *(A Fernando.)* ¡Sálvalos, Fernando!

FERNA. *(Complaciente.)* Sea, por ti.

CHAR. *(Con impaciencia.)* ¿Dónde, dónde nos ocultamos?

FERNA. *(Dirigiéndose a la habitación.)* Aquí. *(Volviendo de su acuerdo.)* No; aquí no. *(Se vuelven a oír los golpes en la puerta.)* ¡Va!... *(Señalando el ángulo de la habitación que oculta la ropa colgada.)* Aquí detrás pueden esconderse, y podrán salir cuando yo les avise. *(Se ocultan todos detrás de la ropa. Fernando coge el gabán y la dinamita y lo mete precipitadamente en el cuarto, y sale a abrir la puerta.)*

ESCENA FINAL

Los mismos y el Policía.

POLI. *(Muy triste.)* Buenos días, Fernando.

FERNA. Hola, Nicasio. ¿Qué te sucede?

POLI. ¿Qué me sucede? Estoy desesperado, chico.

FERNA. ¡Pero hombre!

POLI. Lo que te digo. Tú ya me conoces; sabes el cariño que tengo a mi carrera, mi ilusión por tener éxito en cuantos asuntos me confían mis jefes...

FERNA. Lo sé.

POLI. Pues acabo de fracasar rotundamente. Me habían encomendado un servicio importantísimo: la captura de unos estafadores... El presidente y el director de la Sociedad Yacimientos Petrolíferos del Lozoya, y he quedado como el más inepto de los policías, como el más imbécil de los hombres. ¡Se me han escapado! ¡Qué vergüenza!

FERNA. Hombre, no creo que sea para tanto.

POLI. *(Con abatimiento.)* Sí, Fernando, sí. Un fracaso vergonzoso. Desprestigiado ante mis jefes y compañeros... ¿Con qué cara voy a presentarme delante de ellos? No, no. ¡Esto no podré resistirlo!

FERNA. ¡Caramba!... *(Pausa, durante la que reflexiona.)* Oye, se me ocurre una idea.

POLI. *(Con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho.)* ¡Esto no tiene arreglo!...

FERNA. *(Muy cariñoso.)* Pasa, Nicasio; pasa a mi cuarto y verás. No sea que venga mi mujer, y las mujeres son muy curiosas, ¿sabes? Pasa, Nicasio. *(Entran los dos en la habitación, cuya puerta cierra Fernando. Salen todos de su escondite y se acercan con precaución y lentamente a la puerta. Gerardo mira por la cerradura.)*

LOREN. ¿Qué hacen?

GERAR. No veo bien... ¡Chist! El policía se pasea por la habitación.

LOREN. ¿Qué dice?

GERAR. «Dispuesto a todo...» *(Como repitiendo lo que oye.)*

LOREN. Para cazarnos.

GERAR. «Cuanto antes, mejor.»

CHAR. ¡Pues te vas a ver negro!

LOREN. ¡Chist, calla!

GERAR. «Volar..., volar...»

LOREN. ¿Qué? A ver si sale...

GERAR. Sí, va a salir... Se despiden. *(Todos corren a esconderse. Se abre la puerta y aparece el policía con el gabán de don Lorenzo puesto, y guardándose el cartucho de dinamita en el bolsillo del gabán.)*

POLI. No me faltará valor, te lo aseguro. ¡ Adiós, Fernando ! *(Abrazándole.)*

FERNA. ¡ Hasta la eternidad, Nicasio ! *(Le acompaña hasta la puerta, por la que sale el policía. Al cerrar la puerta, todos, que han salido de su escondite, tienden manos y brazos a Fernando, exclamando :)* ¡ ¡ Al fin ! !

TELÓN

